

BANCO CENTRAL DE LA REP. DOM.
-DONADO-
DEPARTAMENTO CULTURAL

Obras premiadas
1999

Obras premiadas
Quinto Concurso de Arte y Literatura Bancentral
1999

Colección del Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural
Quinto Concurso de Arte y Literatura
Bancentral 1999 : Obras premiadas / Banco
Central de la República Dominicana.-- Santo
Domingo: El Banco, 2001.
114p.: il. -- (Colección del Banco Central
de la República Dominicana)

ISBN 99934-30-17-X

1. Literatura dominicana. 2. Artes plásticas
I. Título

PQ7405 .B35-2001 CDDRD860.08

© 2001
Ediciones del Banco Central de la República Dominicana

Edición al cuidado de José Alcántara Almánzar y Lourdes Lara
Diseño y arte de la portada: Orlando Abreu/Equis, S.A.
Ilustración de la portada: "La barca abandonada", de Geraldo Amable Pimentel
Ramírez.
Ilustración de la contraportada: "Lo nuestro", de Rosa María Ureña Cordero.

Diagramación e impresión:
Subdirección de Impresos y Publicaciones del
Banco Central de la República Dominicana
C/Pedro Henríquez Ureña esq. Leopoldo Navarro
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en la República Dominicana
Printed in the Dominican Republic

ISBN 99934-34-30-17-X

CONTENIDO

Presentación	11
PREMIOS DEL AÑO 1999	
Primer Premio Categoría Pintura “La barca abandonada” Geraldo Amable Pimentel Ramírez	15
Primer Premio Categoría Pintura “Lo nuestro” Rosa María Ureña Cordero	16
Primer Premio Categoría Cuento “Diagnóstico” Henry Almonte Diloné	17
Primer Premio Categoría Escultura “La Juana” Federico Antonio Pérez M.	21

Segundo Premio Categoría Pintura "Autorretrato II" Robinson Antonio Peña Pérez	22
Segundo Premio Categoría Cuento "Huída" Elsa M. Ramírez	23
Segundo Premio Categoría Escultura "Mi luz que no llegó" Leoncio Nicolás Rijo Meléndez	31
Tercer Premio Categoría Pintura "Naturaleza desnuda" Dinorah Báez de Pérez	32
Tercer Premio Categoría Cuento "Intimidades" Mirta Disla	33
Tercer Premio Categoría Pintura "Bodegón de frutas" Yolanda Esteban de López	37
Tercer Premio Categoría Escultura "Bouquet de girasoles para las heroínas de Ojo de Agua" Domingo de la Cruz	38

Segundo Premio
Categoría Poesía
"Milenium" 39
Henry Almonte Diloné

Mención de Honor
Categoría Pintura
"Cayenas" 43
Celina Fondeur Cernuda

Mención de Honor
Categoría Escultura
"Arcoirirs de formas" 44
Domingo de la Cruz

**OTROS PREMIOS DE ESCULTURA Y PINTURA 1999
Y POETAS INVITADOS: Años 1997, 1996 y 1995**

Primer Premio 1997
Categoría Poesía
"El fuego de la última rosa votiva" 47
Luis José Bourget García

Primer Premio 1996
Categoría Poesía
"Complicaciones en el tiempo" 53
Miguel J. Escala

Primer Premio 1995
Categoría Poesía
"Hermano múltiple" 73
Octavio Amiama Castro

Segundo Premio 1996	
Categoría Poesía	
“Serpiente de la noche”	75
Luis José Bourget García	
Segundo Premio 1995	
Categoría Poesía	
“La muerte es el invierno”	85
Luis José Bourget García	
Tercer Premio 1996	
Categoría Poesía	87
“Tres poemas”	
Octavio Amiama Castro	
Tercer Premio 1995	
Categoría Poesía	
“Procedencia”	93
Henry Almonte Dilóné	
Mención de Honor 1997	
Categoría Poesía	
“Mar y tierra”	95
Henry Almonte Dilóné	
Veredicto	99
Apéndice	105
Notas biográficas de los autores	

PRESENTACIÓN

Es importante recordar lo que dos grandes escritores franceses de este siglo han dicho sobre la importancia del arte para el ser humano. Albert Camus, el extraordinario novelista y filósofo del existencialismo, expresó que “el arte nos ayuda a penetrar la opacidad del mundo”; y André Malraux, héroe de guerra y narrador de fuste, afirmó que “el arte es un modo que tiene el hombre de rescatar su propia grandeza oculta”. No es exagerado decir, por tanto, que el arte es una necesidad humana intangible, y que sin su presencia nuestras vidas serían grises, vacías y absurdas, sin ningún asidero para continuar adelante en la lucha por un mundo mejor.

Por todo eso, el Concurso de Arte y Literatura que auspicia el Banco Central para todo su personal activo y pasivo, aun dentro de su modesto alcance, es una ventana abierta, ancha, ventilada, por donde entra aire fresco desde el exterior, para airear los espíritus que laboran en nuestra entidad en menesteres a veces muy ajenos a su vocación; pero es un aire que les permite respirar, vivir, conocer su entorno y conocerse mejor a sí mismos.

Este año, los miembros del Jurado compuesto por doña Aída Bonnelly de Díaz, pianista y escritora; doña Marianne de Tolentino, crítica de arte; el señor Alberto Bass, pintor y Director del Museo de Arte Moderno; los escritores José del Castillo y Miguel Reyes Sánchez, Asesor de la Gobernación y Secretario del Banco, respectivamente, y quien les habla, hemos decidido declarar desierto el primero y tercer premios en la Categoría de “Poesía”, por considerar que los trabajos sometidos al concurso no llenan los requisitos mínimos, pasando las sumas correspondientes a la Categoría de “Pintura”, que sigue siendo la expresión más alta de este concurso cada año, con participación nutrida y cada vez más depurada, a juicio de Marianne de Tolentino y Alberto Bass, expertos en materia de artes plásticas, que han expresado su satisfacción por los resultados de

este año, en el que se advierte un claro progreso con respecto a 1998.

Para evitar que el concurso languidezca por falta de una participación valiosa en "Poesía", el Jurado ha recomendado sustituir dicha categoría por la de "Ensayo" en el año 2000, y ver si de ese modo la concurrencia resulta más diversa y vigorosa. También ha sugerido sustituir la categoría de "Escultura" por la de "Fotografía", a fin de dar oportunidad a otras expresiones del arte contemporáneo igualmente importantes.

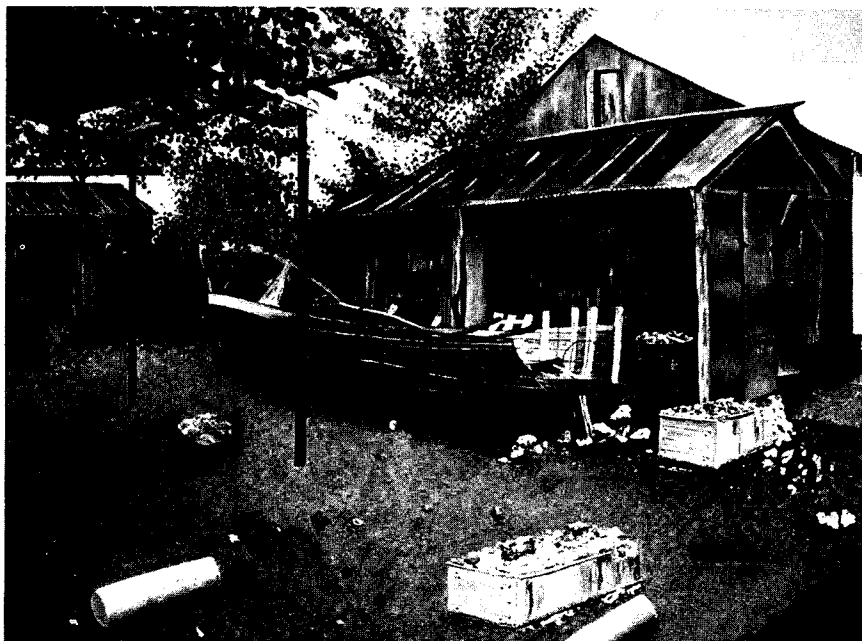
El Departamento Cultural desea agradecer la eficiente y entusiasta labor de los miembros del Jurado, que cada año son responsables de escoger a los mejores participantes. Felicitaciones también a los galardonados, porque su talento y su esfuerzo han sido premiados en justa lid. Los trabajos de pintura y escultura no han podido ser exhibidos en esta área por razones obvias, pero se encuentran en la Sala de Exhibiciones Temporales del Museo, en el Departamento Cultural, donde todos podemos ir a admirarlos cuando así lo deseemos.

Es muy oportuna la ocasión para poner también a circular el libro *Obras Premiadas. Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1999*, que recoge los textos e ilustraciones de los trabajos galardonados el año pasado. Este cuarto libro de la serie debe llenarnos de regocijo, pues con frecuencia los resultados de un certamen se pierden en el olvido, sin que queden evidencias de él. En el Banco Central, en cambio, es ya una tradición del programa editorial incluir cada año la publicación de este tipo de obras.

José Alcántara Almánzar
Director del Departamento Cultural

(Fragmento de las Palabras pronunciadas durante el Acto de Premiación del Concurso de "Arte y Literatura Bancentral 1999", el día 8 de diciembre de 1999).

PREMIOS AÑO 1999



Primer Premio
"La barca abandonada"
Geraldo Amable Pimentel Ramírez



Primer Premio
"Lo nuestro"
Rosa María Ureña Cordero

Primer Premio Cuento

“Diagnóstico”

Henry Almonte Diloné

Siempre fue un hombre de decisiones rápidas, por eso, tan pronto le entregaron aquel sobre manila amarillo con los resultados de los exámenes que desde hacía varios días se le practicaban, tomó la firme determinación de resolver la situación del modo mas expedito posible.

No había espacio para la más mínima duda, el rostro sombrío de la secretaria al entregarle el sobre desteñido con su nombre ilegiblemente garrapateado sobre el mismo, lo decía todo. De hecho, sospechó que algo extraño ocurría en torno a él cuando la secretaria lo honró con el dudoso privilegio de atenderlo en primer lugar, a pesar de que ocupaba el quinto puesto en la fila, haciendo caso omiso a las protestas de los que se encontraban delante de él.

- Llévele los resultados a su médico - le dijo la dama, en un tono en el que percibió, más allá de la objetividad con que se le hablaba, un cierto halo de conmiseración.

- Al fin le han puesto nombre a mis problemas - masculló para sus adentros.

Disciplinado, intentó despedirse de la joven con una leve sonrisa que se quedó a nivel de mueca; presuroso, traspuso el umbral de la puerta y se internó en el bullicio de una ciudad populosa, pero que a media mañana de aquel lunes de septiembre, la percibía extrañamente solitaria.

Emprendió el camino de regreso, en el sentido más profundo de esa expresión; se internó en las llanuras abisales de su alma, en los recónditos parajes de su mente, poblando de recuerdos y de sueños los más minúsculos intersticios de su imaginación.

Empezó entonces a desconectarse, porque ya no le interesaban más

respuestas; uno a uno fue cortando los cables que lo ataban al estilo de vida que llevaba; por eso cuando en el localizador que usaba adherido a su cintura, sonó la cadencia musical que indicaba que alguien le enviaba un mensaje, prefirió apagar el aparato sin molestarse en indagar quien le llamaba.

Caminaba tranquilo, como quien marcha resignado hacia el cadalso, por eso al abordar su vehículo desconectó el teléfono celular que lo reclamaba con un insistente tono musical, que ahora le parecía antojadizamente fúnebre.

Llegó a su trabajo y resuelto a todo hizo caso omiso al teléfono que repiqueteaba enloquecido sobre su escritorio, arrugó el papel con la lista de las personas que en su ausencia habían tratado de comunicarse con él, sin leer siquiera el contenido la misma.

- Después de todo, qué me importa - se dijo a sí mismo.

Meditabundo ante el monitor encendido de su computadora personal, se internó en la autopista cibernética, comprobando fehacientemente la gravedad terminal de su diagnóstico.

Hombre de ideas precisas y de imaginación cuadriculada, abjuraba de todo procedimiento mayéutico para afrontar las adversidades de la vida, fiel a esa idea y consumado todo, se sintió extrañamente aliviado al apagar su PC sin chequear siquiera los textos de insistentes mensajes contenidos en su correo electrónico.

Ya no le importaban las respuestas; abandonó su mesa de trabajo, abrió los cajones de su escritorio y se fue, subrepticamente, sin despedirse de nadie. Todavía más, cuando alguien lo descubrió al bajar las escaleras y le dijo que lo llamaban urgentemente por teléfono, ni siquiera alzó la vista.

Y es que ya no le importaban las respuestas.

Aceleró el paso hasta el parqueo que tenía asignado presintiendo de algún modo que alguien lo seguía, sospechas confirmadas cuando un mensajero motorizado lo llamó por su nombre, justo en el momento en que él encendía su vehículo.

Por el espejo retrovisosr advirtió que varios compañeros de trabajo corrían hacia él, desgañitándose al vocear su nombre; entonces no le cupo duda, el asunto se sabía, no quería la conmiseración de nadie.

Se inició entonces un correteo por toda la ciudad, con aquel motorista

pertinaz pisándole los talones; se sentía fuera del alcance de toda ley humana y por eso saboreó con deleite infantil algunas cosas que en lo recóndito de su imaginación, alguna vez quiso hacer: cruzó varios semáforos en rojo, se metió dos veces en vía contraria y arrolló el triciclo de un vendedor ambulante de verduras.

La sirena de una patrulla policial, que ahora lo perseguía, se sumó a la caravana formada por los automóviles de varios compañeros de trabajo que hacían esfuerzos ingentes por detenerlo, precedidos del tenaz motorista que presidía desde la punta aquel extraño convoy de seguimiento.

Entusiasmado infantilmente con aquel juego del gato y el ratón, al fin emergió victorioso logando burlar, por un momento, a sus tenaces perseguidores.

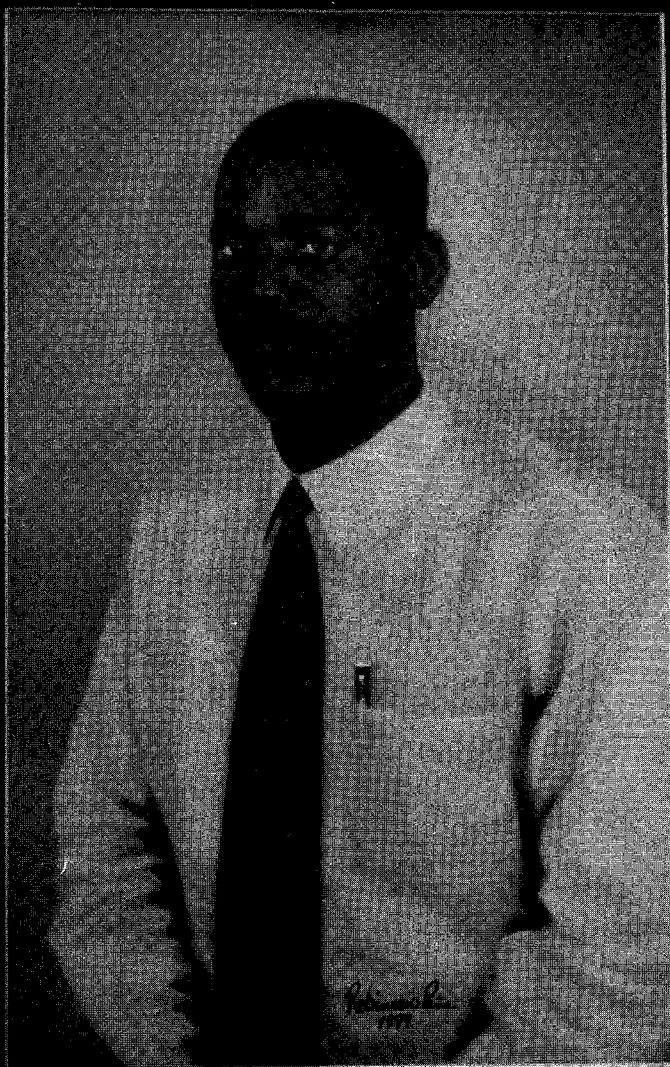
Se sentía por fin desconectado, ni localizador, ni celular, ni correo electrónico, ni recepción de mensajes, ni nada...; solo consigo mismo, acompañado exclusivamente de su soledad, por eso al llegar al edificio en que vivía se tiró de su automóvil sin importarle pisar la línea amarilla del parqueo, subió presuroso a su apartamento, mientras la sirena policial, las bocinas de los automóviles y los improperios del motorista empezaban a escucharse claramente.

Sin tiempo que perder, victorioso, arrancó sin leer el “post-id” pegado a su puerta, traspuso el umbral y desconectó la contestadora automática, cuya luz roja intermitente indicaba que alguien, insistentemente, trataba de contactarlo.

Al fin libre, sin ataduras, en el punto extremo de su vida, dueño de su tiempo, inmortal en el momento especial que allí vivía; dispuesto a apurar de un solo golpe la amarga cicuta de su vida, descolgó el auricular del teléfono que tronaba en la sala, desoyó los golpes frenéticos que daban sobre la puerta, cerró sus oídos a las voces estentóreas que lo llamaban por su nombre y tomó su decisión, su última decisión, irrevocable, como siempre, sin tiempo tal vez para ver las dos palabras contenidas en una hoja de blanco papel que en el último momento alguien deslizó por debajo de su puerta y que escuetamente decía: diagnóstico equivocado.



Primer Premio Escultura
"La Juana"
Federico Antonio Pérez M.



Segundo Premio Pintura
"Autorretrato II"
Robinson Antonio Peña Pérez

Segundo Premio Cuento

“Huída”

Elsa M. Ramírez

La casa grande estaba en penumbras. Un silencio espeso sobrecogía cada uno de sus ocupantes. Nadie salía de sus habitaciones, Don Raúl se lo había prohibido categóricamente y era muy difícil que alguien se atreviera a desobedecerlo. El servicio se mantenía en el lugar destinado para ello, lejos de la casona. Sólo mamá Lala permanecía ayudando a la comadrona que por novena vez asistía en su labor de parto a la señora Manuela.

Desoyendo la advertencia de mi padre me mantuve desde tempranas horas de la tarde agazapada detrás del seibó de caoba, colocado entre las áreas reservadas a la sala y el comedor. No acababa de entender lo que sucedía. Veía pasar nerviosa y llorosa cada cierto tiempo a mamá Lala, cargando diferentes utensilios. Una vez venía por las toallas blancas que se reservaban para las visitas. Otras con palanganas llenas de agua caliente. En cada salida traía en sus manos un recipiente grande tapado con un paño oscuro que impedía descifrar su contenido. Se movía tan rápido como su gruesa envoltura se lo permitía. De cuando en vez antes de entrar se limpiaba el sudor y las lágrimas con su blanco delantal.

De repente, en un momento en que miraba las anchas espaldas de aquella mujer, que con sus brazos de ébano me había acunado desde pequeña, enseñándome a diferenciar los aromas culinarios, mi cuerpo se estremeció. Un frío helado lo recorrió hasta encogerme, al escuchar el lastimero alarido de los perros como si proviniera de las mismas entrañas de la tierra, confundiéndose con un grito débil que salía por debajo de la puerta de la habitación principal. Casi al mismo tiempo Doña Manuela exhalaba su último suspiro, no sin antes llamar a su última hija por su nombre y pedirle a su marido cuidar su numerosa prole.

Me quedé en ese rincón por horas. No sabía si aún era de noche o si había llegado el nuevo día. Todo era oscuro. Escuchaba las voces del servicio y las plegarias de oraciones que se habían improvisado hasta que llegaran las rezadoras oficiales. Entre unas y otras lamentaciones y suspiros, no sé cómo aparecí en el umbral de la puerta. La vi allí exhausta, expuesta a la luz de la lámpara de gas. Su rostro se parecía a la luna, con su abundante cabellera alrededor de su órbita. Había estrellas también. Sólo que las luces las recibían de aquella mecha candente danzando cerca de su cama. Era y no era ella. Si hubiera sido ella me hubiera recibido con los brazos abiertos, con una amplia sonrisa en sus labios. No era ella, porque de haberlo sido me hubiera alisado el cabello y secado las lágrimas que no dejaban de salir. No lo era, porque de serlo no hubiera estado ahí tendida, sin decirme nada. Salí entonces a buscar a mi madre. Los perros me la devolverían, la buscarían, la encontraríamos. Corrí hacia el río, la montaña, los grandes árboles, rasqué la tierra, las rocas, con mis uñas para encontrarla, hasta que no pude más. Volví a la casa y lloré. Lloré por mucho tiempo sobre su cuerpo.

Empezaron a llegar desde temprano los familiares más cercanos, amigos, vecinos y todo aquel lugareño que se enteraba del fatal desenlace. Los peones al llegar para la jornada del día se quitaban el sombrero y sin que nadie les dijera se arrinconaban con cara de pesar a pedir por el alma de quien en vida había sido una santa.

Tía Luisa nos trajo ropa apropiada de la ciudad. A las niñas, largos vestidos negros. A los varones pantalones largos negros y camisas blancas. Se hicieron los arreglos y ajustes necesarios con la máquina de coser de mamá. Todos estábamos correctamente vestidos. Nunca había visto a mis hermanos mayores tan elegantes. La tristeza que mostraban hacía contraste con la belleza de sus rostros. A los más pequeños sólo les permitieron estar un rato en el salón que se había habilitado para los rezos. Se les explicó que su madre se había ido al cielo. Para qué decirles más, los niños no entienden las cosas de los mayores.

Luego del entierro, las tías maternas se reunieron con mi padre y le pidieron que al terminar los nueve días les permitieran llevarme por un tiempo a la ciudad. Así continuaría con mi educación hogareña. Podía quedarme con tía Luisa que era modista y me enseñaría el oficio. De esta manera podría confeccionarle las ropas a mis hermanos (as). Sus

argumentos fueron muy convincentes y como mi padre estaba aún bajo el efecto de la sorpresa y el dolor, no opuso resistencia. No tenía cabeza para pensar en lo que debía o tenía que hacer.

Nos trasladamos de madrugada al día siguiente de los rezos. Mamá Lala nos preparó una alforja llena de longaniza, casabe, queso de cabra de la última producción de mamá para que nos alimentáramos durante la marcha. El frío nos llegaba a los huesos. Me forraron la cabeza con un gorro de lana y nos abrigamos bien antes de subir a los caballos. Atrás venían las mulas cargadas de víveres, granos, arroz carnes, leche y todo cuanto se le ocurrió recoger a esa buena mujer. La trayectoria fue larga y penosa. Al llegar a Santiago un coche seguido de cuatro caballos nos llevó a la casa de tía Luisa en Jacagua, una comunidad alejada del centro de la ciudad, donde poseía una linda y espaciosa villa.

Me presentaron a los sirvientes y la señorita de la casa, Olga, mi prima. Me recibió con cierto desdén. Eso me causó un poco de temor. Era hija adoptiva, de tez morena y pelo rizo, los pómulos de la cara sobresalían un poco, destacándose la nariz más de lo deseado. A ambos lados de ésta, varios granos asomaban, dándole un aspecto un tanto desagradable.

Me instalaron en la misma habitación de Olga, lo cual no le agradó mucho, pero no se atrevió a replicar. Los primeros días no me dirigía la palabra. De vez en cuando la sorprendía observándome de reojo, mientras me cepillaba mi abundante y larga cabellera, color castaño. A mis 13 años ya poseía una hermosa figura. De ojos grandes color miel, de mirada juguetona, piel blanca, alta de estatura, piernas largas y bien formadas y sobre todo una sonrisa a flor de labios que denotaba gran inocencia y una encantadora alegría por la vida.

A los pocos días me gané la atención y el cariño de todos los componentes de la casa. Cada mañana el jardinero seleccionaba las mejores rosas para que las colocara en los diferentes jarrones distribuidos por toda la casa, dándole un aire de frescura y olor maravilloso.

Pedro, el que cuidaba los caballos, ensillaba el más atractivo y veloz. Después de aceitarlo y peinarlo me lo ofrecía para que lo montara. Disfrutaba viéndome galopar cuando se nos permitía. Ese era uno de mis pasatiempos favoritos. Con ello pretendía, a la velocidad que lo hacía, dejar atrás, junto al viento, la pena que me embargaba.

Las mañanas las pasábamos junto a la tía, en el saloncito de costura, que daba al jardín. Allí la ayudábamos Olga y yo a darle la terminación a los trajes que elaboraba con mucho esmero para la alta sociedad de Santiago. Pegábamos lentejuelas, botones, encajes, cintas y todo lo que sirviera para el acabado de los mismos. Luego eran minuciosamente revisados y de encontrar el más leve error había que desbaratar todo y empezar de nuevo hasta que quedara perfecto. A las once solían traernos limonada o cualquier otro zumo. Todo dependía de la fruta de turno, de la temporada. Eso sí, permanecíamos en completo silencio. Tía Luisa decía que para que las cosas salieran bien había que poner todo el empeño y concentrarse bien, sobre todo, si se era nuevo en el oficio. Ella era la única que podía contar historias.

De vez en cuando mi tía me sorprendía pensativa y con lágrimas en los ojos, por lo que se ocupaba de mantenerme siempre ocupada. Se esmeraba en hacerme lindos vestidos, como una manera de aliviarme, lo cual me hacían lucir más hermosa. Esas atenciones fueron despertando un profundo sentimiento de envidia y odio en mi prima, acrecentándose, a medida que transcurría el tiempo.

Intentaba indisponerme con todos. Rompía objetos valiosos, acusándome de haberlo hecho. Con afán intentaba enemistarme con los sirvientes tejiendo cuantas intrigas podía imaginar. Empecé a vivir un verdadero infierno.

A pesar de ello, pasaron dos años los cuales aproveché lo mejor que pude. Aprendí los quehaceres del hogar como nadie. A darle buena terminación a la costura, a atender invitados, a usar la cortesía con gracia y elegancia, a preparar dulces, comidas. En fin todo lo que se requería para ser una señorita apta para un buen matrimonio.

Mi tía Luisa estaba orgullosa de mis avances y para demostrármelo me llevaba, acompañada de Olga y de alguna sirvienta, al centro de la ciudad de Santiago, cada quince días. Allí pernoctábamos por varios días en el mejor hotel, "El Mercedes". Durante ese tiempo recibía su distinguida clientela, para entregar los pedidos y realizar los arreglos de lugar, con la máquina de coser que portábamos para esos fines.

Durante las horas de ocio nos desplazábamos a las tiendas y luego al cine. A veces alguna adinerada clienta nos invitaba al Centro Español.

Nos recogía para que pudiéramos entrar porque sólo los socios podían hacerlo. Allí conocimos a distinguidos caballeros que me hacían la corte, guardando siempre el debido respeto. Por donde quiera que pasaba dejaba, sin proponérmelo, una estela de admiración. Muchos fueron los que investigaron nuestro hospedaje, enviándome tarjetas de cortesía, acompañadas de hermosos ramos de flores. Otros, los más atrevidos, se acercaban a mi tía, para pedirle permiso para conversar conmigo.

Algunos se desplazaban hasta los alrededores de la villa preguntando por la “flor que más olía del lugar”. Otros llegaron con intenciones de establecer compromisos con fines serios. Olga, que era unos años mayor que yo, no recibía ninguna de estas demostraciones, lo que agravó más nuestra relación.

Por otro lado, mi tía, al ver que la posibilidad de casar su única hija se alejaba con mi presencia, empezó a preocuparse y a albergar la idea de regresarme al campo. Pasó días buscando la excusa perfecta. Debía evitar comentarios impertinentes acerca de sus intenciones.

Una temprana mañana me hizo llamar a su habitación, contándome el sueño que había tenido:

-“Celeste, querida, anoche vi en sueño a tu madre Manuela. Estaba sentada en el jardín, cuando apareció triste y cabizbaja. Al preguntarle el porqué de su pena me contestó llorosa que sus hijos estaban sufriendo por su partida y por la tuya también. Me rogó que tan pronto pudiera te regresara al lado de los tuyos”.

La sola idea de saber a mi madre penando por mi culpa me descorazonó y supliqué volver junto a los míos. La partida no se hizo esperar. Salí tan callada como había llegado. Los sirvientes salieron a la sabana a despedirme. Sus afectuosas miradas acariciaban mi corazón. Sólo el rostro de Olga resplandecía de triunfo, confirmándome la antipatía que sentía por mí.

De vuelta a la casona

Al llegar a la casona comprendí que el sueño de tía Luisa tenía mucho de realidad. Desde la entrada percibí la desolación y el abandono. Los niños más pequeños correteaban descalzos y con un cierto descuido en sus ropas. Sus tiernos cuerpos lucían delgados y pálidos. El servicio, quien llevaba el control de la casa, se ocupaba más que nada de no hacer incomodar al señor, que en los últimos tiempos andaba con un humor de perros.

Mi padre se desquició casi por completo al quedarse solo. Sin nadie en quien apoyarse. Con ocho hijos que cuidar, más la dirección de la hacienda. Era demasiado, tratándose de la plenitud de su juventud: 35 años. Se abrumó de tal manera que se refugió en los placeres: alcohol, parrandas, aventuras amorosas, disfrute del dinero. Durante los 15 años de matrimonio con mamá, le proporcionó algunos dolores de cabezas con sus indiscretas infidelidades. Mi madre nunca le prestó importancia, por lo que no hubo mayores consecuencias. Ahora en su viudez se convertía en un macho codiciado por las mujeres en toda la comunidad y a muchos kilómetros a la redonda.

Era un hombre apuesto, de virilidad incuestionable. Con 6.1 metros de altura, de ojos grandes, color ámbar, cuya mirada parecía reflejar una sonrisa. Su pelo dorado como el oro, peinado hacia atrás con elegancia. Con un mechón jugueteando sobre su ancha frente, dándole un aspecto un tanto infantil. Creo que era lo que lo hacía más atractivo ante las mujeres.

Andaba impecablemente vestido. Los trajes blancos y color aceituna eran sus preferidos. Exquisitamente combinados con finos sombreros.

Su personalidad explosiva daba al traste con su jovialidad y su cortesía frente a los demás. No era hombre de ofender amigos, ni de pelear por mujeres. Todo lo contrario. No se pegaba a amores. Los tenía y los disfrutaba hasta donde se podía. Tan pronto aparecían los reclamos y exigencias volaba hacia otros nidos. No le incomodaba tener hijos en cada aventura. Tampoco los reconocía legalmente, aunque sí socialmente. Así en sus últimos años de vida se las pasaba repasando en su memoria y contándoles a sus nietos (as) los nombres de sus incontables conquistas y los de sus 40 ó 50 hijos (as) procreados. Murió sin confirmar el número exacto de ellos.

Poseía grandes cantidades de tierra, las cuales mantenía en plena producción de café, cacao, arroz y productos menores. Eran tiempos de abundancia. Bajo su protección vivían cientos de familias, cuyos padres y descendientes mayores trabajaban para él. Como todo “cacique” ayudaba a resolver los problemas familiares y económicos de sus trabajadores. Apadrinaba las bodas que se realizaban bajo sus dominios. Muchos padres llegaban más lejos, en agradecimiento le ofrecían algunas de sus hijas, con la esperanza de verlas desposarse con el patrón. En realidad su regia personalidad y su porte elegante le quitaba el aliento a cualquier mujer, sin diferenciar su estado o condición social.

Todas estas actividades lo absorbían por completo, manteniendo al descuido todo lo que fuera hogar e hijos. En una palabra, todo lo que fueran obligaciones. Por eso al llegar a la casa y confirmar las demandas de su amplia familia se convertía en el mismo demonio. Se exaltaba con facilidad. No atendía peticiones, ni mucho menos reclamos.

Mis hermanos mayores ya no iban a la escuela. En su lugar trabajaban junto a los demás jornaleros de papá. A pesar de su edad los hacía trabajar como “echa días”, Pero sin paga y si protestaban descargaba sobre ellos toda su furia. Una noche, atemorizados por tanto maltrato, decidieron fugarse, aprovechando la visita de un pariente lejano. Para eso les brindé todo mi apoyo.

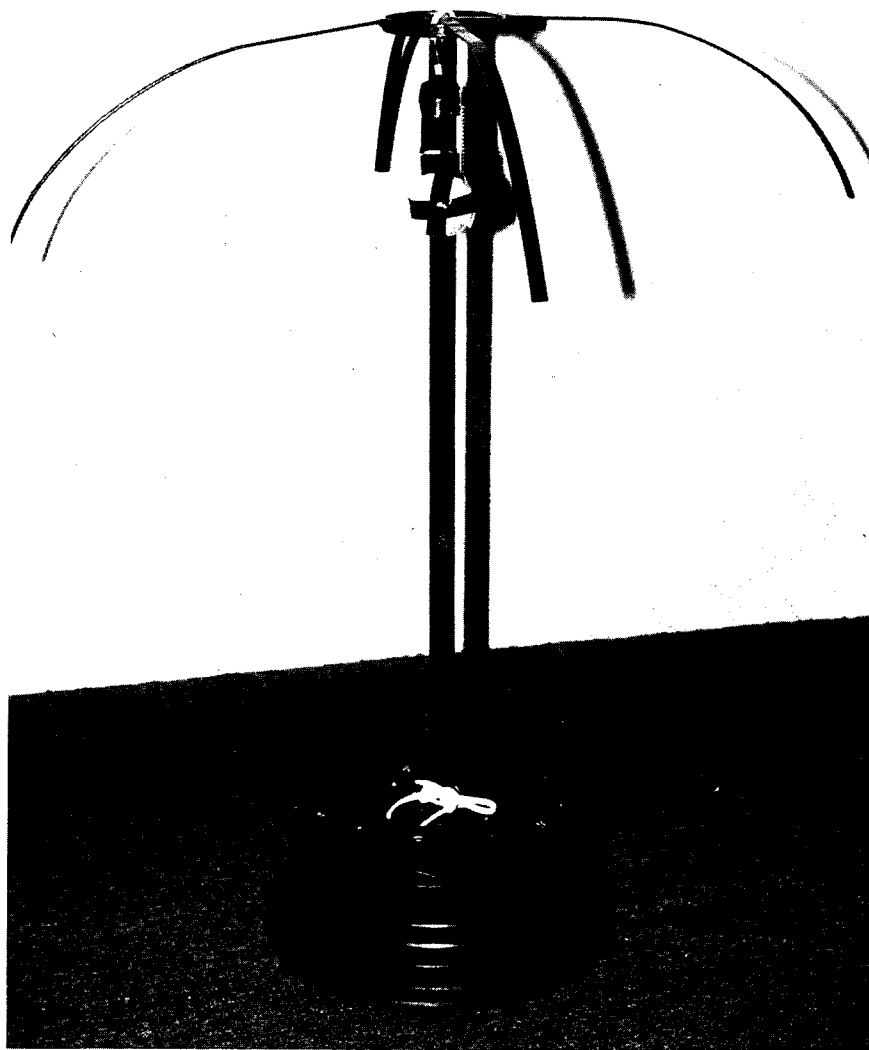
Una fría madrugada les pasé por la ventana de mi habitación un paquete contentivo de algunas ropas para cada uno de ellos. Eran apenas unos niños. El mayor, Omar, sólo contaba con 17 años, le seguía Fausto de 16, de estatura muy baja, tanto que dicen que fue un castigo a mi padre por burlarse de un enano que estuvo en la propiedad estando mi madre embarazada. Le salió cabezón y pequeñajo. No fue el único. Dos más. Uno murió a temprana edad, sufría de hidrocefalia y la otra es la que me sigue en edad, Rosalía. Poco saludable, de abundantes cabellos, lo que le resaltaba más el tamaño desproporcionado de la cabeza. Delgada y diminuta y sobre todo engreída y cascarrabias. La muerte de mamá agudizó este mal. Después de eso se negó a caminar, como una forma de llamar la atención de todos. Los mejores médicos de Santiago la asistieron, coincidiendo todos en su diagnóstico: físicamente no tenía ningún impedimento para movilizarse. La causa había que buscarla en su siquis. Pero hasta ahí no llegó nadie.

Esta condición fue aprovechada muy bien por Rosalía. Se hacía transportar por los sirvientes para todos lados, las mejores comidas y dulces había que dárselos a ella. Se procuraba las cosas con alaridos, lo que provocaba sentimiento de culpa y compasión en los demás. A los catorce años parecía una niña de nueve. Sus piernas parecían en verdad que no podían sostenerla. Más bien daban la sensación de que en cualquier momento se quebrarían. Parecían dos finos trozos de hilos deshilachados. Por la falta de ejercicios y por lo peludas que eran.

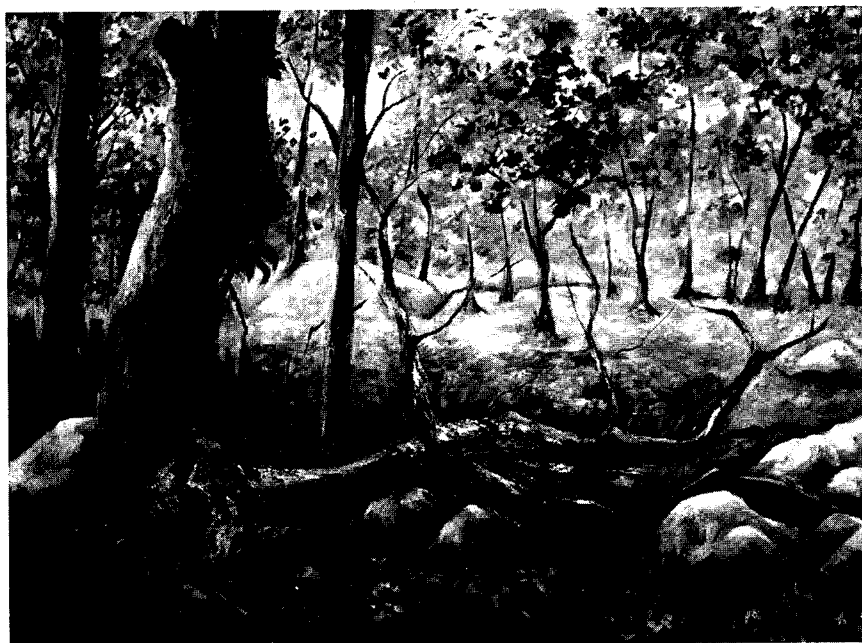
Cuando mi padre salía por varios días o semanas, a veces traía regalos para ella y los más pequeños, como una manera de compensar su negligencia y sus prolongadas ausencias. En una ocasión se apareció con un par de botas blancas para la enferma, las cuales se midió de inmediato. Como un resorte saltó de su silla, corriendo para enseñarles a todos los lindos zapatos que le habían comprado. La sorpresa y lo gracioso del hecho nos hizo estallar de risa. Nadie olvidó jamás las “botas milagrosas” que curaron a mi hermana.

Sergio era el más joven, apenas alcanzaba los trece años. Era alto y bien parecido. Tenía cierta dificultad al hablar. Se le trababa la lengua cuando hablaba rápido o estaba nervioso. Mamá asociaba este defecto a que cuando estaba empezando a hablar, mi padre lo sacaba de noche fuera de la casa, como cura para el llanto.

Mi hermano mayor habló, al tiempo que sostenía el paquete que le daba. - Celeste, cuida de los más pequeños, te haremos llegar noticias nuestras. Fue todo lo que dijo. Yo no pude argumentar palabras. Un nudo fuerte apretaba mi garganta y las lágrimas inundaron mi rostro, impidiéndome, junto a la oscuridad de la noche, ver alejarse las siluetas de mis valientes hermanos.



Segundo Premio Escultura
"Mi luz que no llegó"
Leoncio Nicolás Rijo Meléndez



Tercer Premio Pintura
"Naturaleza desnuda"
Dinorah Báez de Pérez

Tercer Premio Cuento

“Intimidades”

Mirta Disla

Ramoncito García abrió la puerta de su casa, miró hacia ambos lados de la calle tratando de detectar la presencia de su enemigo, resentido de ser tan débil que el hambre lo estaba obligando a salir de su refugio, aún a sabiendas del peligro que representaba.

Se puso unos lentes y una gorra para disimular su presencia, rogando, orando a Dios con fervor que lo protegiera.

Sus ojos se dirigieron con acritud hacia el colmado más cercano, ubicado en la esquina, maldiciendo su suerte, se prometió hablar con el dueño en otra ocasión para quejarse de la enorme distancia que los separaba.

Caminó por la acera con la espalda pegada a la pared tal como lo hacían en las películas de guerra, entró al callejón de Doña Fela para usarlo como observatorio, era el lugar más adecuado para revisar todo con ojos de halcón, estaba despejado, no había moros en la costa, se preparó presto a tomarla cual guerrillero, cuando repentinamente fue descubierta su táctica evasiva por un perrito desagradable que debía ser parte de la avanzada de sus perseguidores, lo miró y comenzó a ladrar como un poseído, su hocico se cubrió de saliva, era tal su furor que Ramoncito lamentó no tener un veneno para callar ese producto de una sociedad en decadencia, y bendijo la época en que se sacrificaban los animales como ofrenda a los dioses, en un acto involuntario levantó su mano para darle un golpe de karate, cuando la dueña salió para verificar si se trataba de un ladrón, al ver a su vecino se tranquilizó y lo saludó con voz amistosa:

- Cómo estás Ramoncito

A sus oídos fue como el sonido de una sirena de bomberos, pensando

aconsejarle a esa vieja buscar oficio, le hizo una señal de adiós con la mano y partió veloz para que no se le ocurriera hablarle.

Avanzaba paso a paso, girando su cabeza en un perfecto ángulo de 360 grados para evitar sorpresas, con su atención enfocada en su supervivencia, en los años que le faltaban por vivir, convencido de que sus actos eran regidos por sus instintos, se felicitó por lo cercano que estaba de su meta, todo transcurría según sus cálculos, cuando alguien lo llamó:

-Ramoncito, tú si estas perdido, buen comparón, estás de caché con esos lentes y ese gorro, hace mucho tiempo que no juegas dominó con nosotros.

Reconoció a uno de sus amigos, se reprendió por darle confianza a los tígueres, jamás, never in his live, volvería a compartir con ese grupo de degenerados, con coraje le dijo que estaba enfermo pero iría a jugar en la noche, en ese momento tomó la decisión de ponerse enemigo de esos locos.

En el colmado compró la comida, que consistía en leche, pan, queso, mantequilla, jamón, refrescos, era adecuada su elección, seguro de que una freidera en su cocina, atraería la atención de los chismosos del barrio.

Se preguntó con insistencia cómo pudo dejarse arrastrar por esa situación tan descabellada, tan fuera de su control, como llegó a ser un títere de sus angustias, hasta llegar al fondo de sus miserias.

Concentrando sus pensamientos en lo que había sido y en lo que era ahora, se sentía atrapado por las telarañas tejidas por el mismo, hechas con la marca indeleble de su cinismo.

Corrió de regreso para no prolongar más su acto suicida de exhibirse coqueteando con su posible fin.

Fue a su cuarto, se acostó suspirando alegremente porque todo estaba saliendo según sus cálculos, puso el televisor cerca de su cabeza casi sin volumen por si alguien se acercaba no pudiera oírlo.

Se durmió con un sueño intranquilo, y despertó cuando oyó unos sonidos en su puerta:

- Ramoncito, Ramoncito, está usted en la casa, ábrame la puerta.

En ese instante apagó el televisor, se echó cuerpo en tierra como soldado en trinchera para pasar inadvertido, seguro de que era su voz, su corazón comenzó a latir con el compás de la espera acumulada, trepando

incontrolable en su alma, martillando sus oídos, con un sonido que él no olvidaría jamás, las venas de su cuello ebrias del sabor de su propia sangre, tal era su estado, que no sintió que se había marchado, sino hasta mucho tiempo después.

Entró a la cocina a buscar agua para desatascar el nudo que descansaba solícito en su garganta, cuando notó que el agua se terminó.

La llave estaba a dos cuadras, un recorrido imposible de realizar, pensó que era preferible dejarse morir de sed, su cadáver sería encontrado reseco, encogido, deforme, alicaído, putrefacto, destruido, miserable, calcinado, arruinado, aniquilado, exterminado.

No, no, no voy a ir, esa posibilidad es el menor de los males, ante la gravedad de la situación, de la amenaza que acechaba su salida, estuvo dos horas calcinándose en sus propias dudas, cuando tomó la decisión más importante de su vida, saldría porque él era un hombre, y los hombres deben serlo en todo momento.

Tomó los cuatro galones plásticos en las manos, sus pasos saturados del peso de los siglos que sentía haber vivido, al acercarse sintió una mano fría, helada, congelada, tocando su hombro, y pensó: ¡ay mi madre, me atraparon!

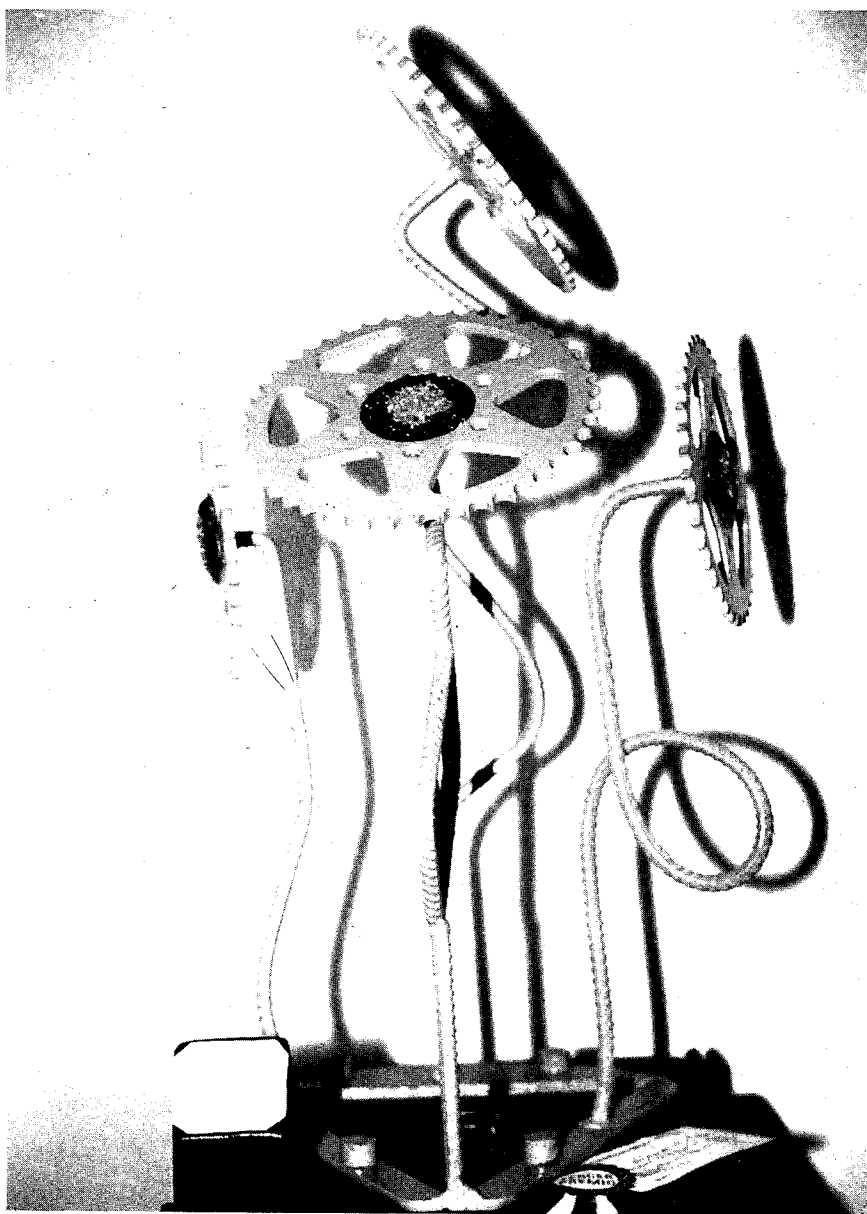
Los galones cayeron al piso, con el estrépito de mil campanas, con su burlona sonrisa acompañada en su terror, su cabeza se convulsionó, su frente se cubrió del rigor de la muerte, su suerte estaba echada, se preparó mentalmente a nutrirse de su insatisfacción, a cosechar lo que con tanta paciencia había sembrado.

Don Grullón, ajeno a la tormenta que había desatado, le dijo con voz amable:

- Ramoncito, te he estado buscando por una semana y no te he encontrado en ningún sitio, hasta fui a tu casa para hablar contigo, para decirte que me saqué el premio mayor de la lotería y como tú estás en una situación económica tan mala, te iba a decir que te puedes quedar con los \$300 pesos que me debes.



Tercer Premio Pintura
"Bodegón de frutas"
Yolanda Esteban de López



Tercer Premio Escultura
*"Bouquet de girasoles para las
heroínas de Ojo de Agua"*
Domingo de la Cruz

Segundo Premio Poesía

"Milenium"

Henry Almonte Diloné

Yo,
disidente del silencio
poeta por circunstancias
te escribo a tí,
Angel,
compañero de la palabra
cálida,
en el pórtico
de esta nueva alborada
milenaria
de la vida.

I

Es difícil
Angel
aceptar que somos viejos,
ancianos recién nacidos
bajo un diario acontecer
de crepúsculos matinales,
píldoras concentradas,
gotas de tiempo
en la infinita procesión
del almanaque.

II

Es difícil creer
que tú y yo
que todos
somos prolongación,
somos distancia,
eslabones
de una cadena interminable,
puntos suspensivos
al final de una oración
inconclusa para siempre.

III

Sin embargo, amigo mío
somos
más que una estadística
más que un número
en las hojas del listero,
simbiosis dinámica
de realidad y sueños,
haaces luminosos
girando
en círculos concéntricos.

IV

Por eso
no importa que hoy
numeren
los vuelos de las palomas,
que la esencia del jazmín
se consiga

en la farmacia,
que te oferten un arreglo
y no una flor,
que te vendan un CD
no una canción.

V

Angel amigo
llamarte hermano
constituye
una victoria
al final del siglo veinte,
prueba objetiva
de hermandad
perenne,
en la continua
inmortalidad
de cada instante.

VI

Por eso hermano mío
más allá del milenium,
el tiempo
como la vida
seguirá siendo circular,
eterno presente fugitivo
sin ayer
ni mañana,
hoy
aquí
ahora
ya,

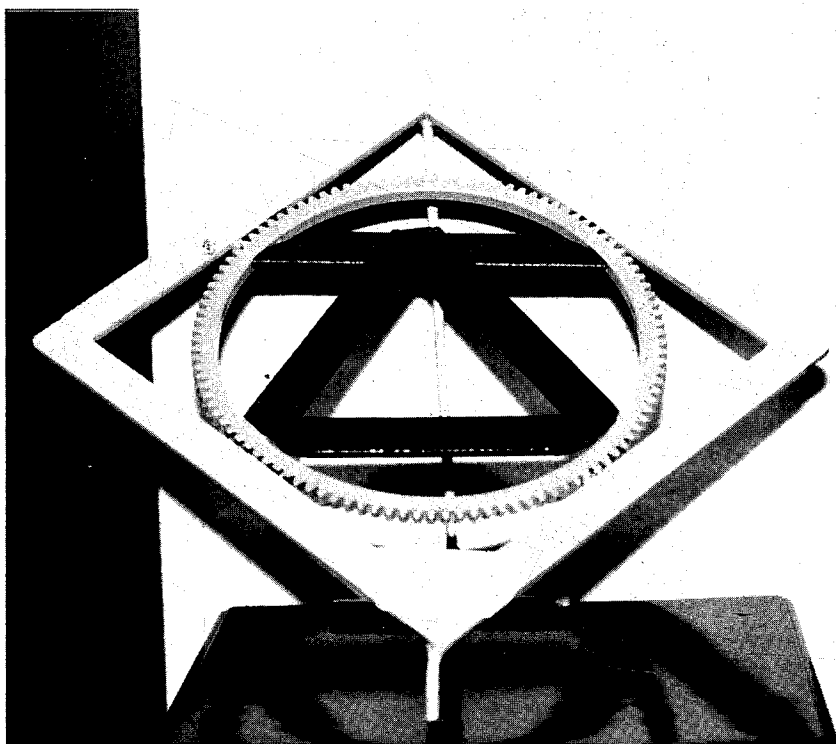
esencia permanente,
fondo no forma,
idea no materia,
vida nunca muerte.

VII

Sigue por tanto
navegando en tus sueños,
en los mares procelosos
de tu rutina diaria,
que más allá
de horóscopos
y signos,
más allá de apocalípticas
visiones,
fuímos, somos y seremos
inmortales para siempre
en un segundo,
en un planeta
todavía hermoso
con gente
todavía buena,
prueba irrefutable
de que estamos
ante una nueva alborada
para el mundo.



Mención de Honor Pintura
"Cayenas"
Celina Fondeur Cermuda



Mención Honor Escultura
"Arcoiris de formas"
Domingo de la Cruz

**OTROS PREMIOS DE ESCULTURA Y PINTURA 1999
Y POETAS INVITADOS: Años 1997, 1996 y 1995**

Primer Premio Poesía 1997

“El fuego de la última rosa votiva”

Luis José Bourget García

I

Ese paño en tu mano, mujer
es tu paño de verónica
esas tus lágrimas encendidas
mi piel junto a ti huye furtiva
¡Exprime la herida de hiel y de sangre!
No arrastres el velo cautivo
deja que tu pelo asiente mis ansias
pereceré, avieso y en delirio de ti
y no te tendré
paño de verónica.

II

Virgen libélula
virgen ashanti
en lirios trémula
en tu vientre engendras
largas hileras
de fecundidades inciertas
en tus alas sobas con fruición
finos óleos de almendras.

¿Quién se atreverá?
Remontar tu sanguíneo cauce
sacudir el forraje intenso
de tu pelambre
si de imperial acervo
fuiste ajada como cruces
violada, sí, indiga piel
por gallardas multitudes.

Perives de tus lauros
añejas son tus largas
y damascenas manos
manos de dueña, de poderdante
torva faz, labios apretados
sonrisa imperturbable
virgen libélula
virgen ashanti.

III

Llueve sol y bajo el almendariz
caen difusos y encendidos
goterones de luz
Llueve sol y se preña la tierra
nacen alabarrios de pupilas dilatadas
botones y liendres silvestres
caen difusos y encendidos
goterones de luz.

No restaña ya la risa locuaz
ni la frente ceñida de nostalgia,
¿es éste el breve espacio que nos separa?
Tumultos horados por lombríceas manos
tiempo que yace, insomme, indoloro
dos brevarios en que liban los pájaros

dos pasos atrás y un sueño
se hace fulgurante y real:
crece la hierba malva sobre ti,
sobre mi antiguo ser espigas doradas.

El arcano rito del recuerdo
es sólo la brisa que golpea, resopla y murmura
es el pálpito de tu mano y la mía
de la vida entera que vibra y eructa
un pertinaz asomo de lluvia
llueve sol, ¿qué te importa?
no te concierne la lejana nube
que empaña tu horizonte y duele
que mira tras óculos prístinos y sana
que grita como los pájaros y tú
¿de qué quejas?
Tenemos el claroscuro templo
el bien y el mal indistinguible
las raíces de ocultos llantos nos cobijan.

¡Calla! Héroe fuimos considerados
a ti por la impavidez de la verdad
a mí por la siega de la tierra
siega de hombres de difusa voluntad
por nuestro mutuo consentimiento
por el valor esgrimido en la lucha
no sé por qué más
se habla aún de ti y de mí y maldicen
los soberanos impostores
testaferros del escarnio y lloran
con cruces unidas a las manos
y calla el ruiseñor y calla la alondra
y detienen el mundo entero y se postran
quietos y rosados de larga, soleada travesía
y a los pies nos dejan como orlas y

estandartes:
cirios encendidos, hilos de cuentas y paños
bordados.

IV

Tu presencia en mí
es una contumaz
perversión de los sentidos
yo, hierático, impasible
tú, un cuerpo desnudo tras siete velos
una ingente tormenta saltando al vacío.

Cual fámulo expedito, te arrojas a mis pies
y no sé qué hacer, jadeante.
¡Noble mausoleo de la esperanza!
Tú me llevas, rebosas mis ansias
me arrastraré como perdulario
eximido de alabanza
refrendaré tu dictadura, esa difusa ligazón
sobre mis sentidos
no te duelas de la saña inconclusa
de la envergadura de tus alas de ángel
del péndulo que impasible avanza en tí
y retrocede en mí.

El fastidio inoportuno
de sabernos reales
diferentes
asalariados del rencor y picados de oquedades
rendimos culto a la jerarquía
ímproba y soberbia
de un grande lienzo enmarcado.

¡Apiádate de mi ser y de mi canto!
No pongas fin a la rapsodia
de nuestra inexorable vida
seré subdito en tu cimero reino
heraldo de lides profanas
opreso, paliado y muerto.

V

¡Palimpsesto!
Hijo de la noble guadaña
verdugo de la verdad
impones bajo tus grabadas
palabras
testigos de iracunda ansiedad.

En bravíos caminos impuesto
por adargas de fierro templado
libro de libros
fiel manuscrito
espurios de amor olvidado.

Anunciaste solemnes
oficios de platería, bodas de luces
apoyado en la ladera del destierro
venturosos convites
e interminable éxodo.

Avergonzado de vivir
perdiéndolo todo
trazaste un círculo de discordia
una alianza inextinguible
tentativa incierta e inverosímil
de alcanzar lo eterno.

VI

Acaso dejaras la impresión
de que todo fue a propósito
los sueños, las caricias
el beso
el hirviente amago de tu fuego
y mi fuego

El último juego de este entuerto
quedaba marcado por el llanto y el silencio
camino de rosas que implacables
ruedas de oscuros carruajes pisotean.
A un lado, oídos curiosos se avecinan
no comprenden el delirio ajeno
con estupor cubren las heridas
mas la llaga no cura sólo de penas.

Entiende, una vez más
se abren los pórticos señoriales
juegan a rayuela los niños
en verdes pastos
y estrechas callejuelas
¡resuena la vida, que más da!
La noche nunca se vislumbra
tras un bosque florido se oculta
no reparamos en mientes
ni en dóricas columnas de volutas
tan sólo en los ojos que se cruzan.

No más personas sin identidad
perdidas en lo oscuro
bajo los fuelles y puentes arcados
o los broches divinos de añiles montes
por surcos de arado ya olvidados
abrimos una senda nueva, irrestañable
sólo nuestra.

Primer Premio Poesía 1996

“Complicaciones en el tiempo”

Miguel J. Escala

I

Incorporo la vehemencia
de mis expresiones más sencillas
a la comunicación complicada de
lo inusitado, convertidas, sí, en canciones postergadas.

Viví el quehacer de un corazón señalizado
por el resurgimiento frecuente
de la ocasión cuasi sacra
de un verbo irrefrenable.

Requiero de nuevas páginas
que ilustren la no pesadumbre
y que construyan en la libertad
de estaciones temporales
el soneto que comprenden las multitudes.
Un solo triunfo, una sola multitud
en la flor atrasada de un otoño.
Forjaré efigies no compuestas
apartadas en series por generaciones,
por distancias,
por respuestas,
hasta reagrupar siete inviernos de aromas diversos,
como cuadernillos del mismo libro de triunfo.

II

Una esquina mal calculada
truncada en un diseño arbitrario,
como arbitrario es el nacimiento de los hijos
en épocas y sexos, e incluso razas diferentes.
Se suma un estacionamiento
para un solo vehículo
de privilegios burgueses
en irregularidades aceptadas
a partir de desacuerdos.

Cancelada queda la cita
con médico que asume su práctica
cual gendarme mal pagado.

Travieso, reposa el calendario
de tiempos idos,
visto en esquina chueca,
para un vehículo en movimiento
que no llegó a su destino.
Reclama cual impedido
lo que le corresponde,
para estacionar,
para escalar,
para poder evacuar sus naturales heces,
en libertad equivalente
sin burguesía, sin destino, sin sexo, sin raza y sin época.

III

Fueron los pies acusadores
infames,
de fábulas
mal contadas y menos entendidas.

Tenían que ser los pies,
los que en falso erotismo
distorsionaron íntimos deseos.

Eran los innobles pies,
doctos y azorados
los que simularon
como actor supernumerario
imbuirse de drama y pesar.

Garrafal mentira, de pies
aplastados en lo natural,
cómplices de carnes excomulgadas,
ante enlaces desiguales
de dolor ingenuo.

Complejo de flor asustada,
a destiempo,
en visión fugaz de desespero.

Fueron los pies, y también las piernas,
que aunque vestidos
se escondían a sacrificar placeres.

IV

Traficaba en nubes financiadas
por un sol fabricado
palideciendo en el horizonte creado
antes de nacer el mundo.

Saludaba las flores
achicharradas por las incursiones
de un sol errante
que no descubrió su propia fuerza.

Palidecía al consentir
el alumbrado de un sol rebelde
nacido en dos siglos;
y temblaba con esmero,
como voces educadas
para un canto agudo de tenor de ópera cara.

Entonaba el canto eterno,
sin ozono de protección,
para que rayos libertinos
construyeran la búsqueda habitual hacia la luz.

Siempre fue el sol, el mismo sol,
que se aburría leyendo
los mismos textos
del paisaje eterno
que regalaba una inmortalidad prestada.

V

Seré, sin embargo, político
cuando ya no tenga nada que perder,
ni me interese ganar apuestas.
Sólo seré político
para expandir el verso, el deseo,
y el desarme.

De vez en cuando recibiré besos
de seguidoras amontonadas
con labios ansiosos;
me darán empujones acalorados que sentiré
en huesos dolientes.

Seré político para proclamar
que las páginas deben seleccionarse
y deben leerse sólo en los amaneceres.

Seré político para exasperar
a los que manejan los pies y las piernas,
y para alentar consignas sobre el sol.

Seré político para entonar dos cantos,
de pentagramas contruidos con seis renglones,
y para recordar la causa de los impedidos.

Antes que repose el espíritu
abrazaré las causas no defendidas,
y seré político.

VI

Encontré plata en mi rostro,
un azabache extendido en mi pubis,
oscuridad total en el capitel,
nubes pendientes en el encogido pecho,
pero más importante era el éxito y el color del pubis.

Destacaba las curvas de un vientre
mal trabajado,
quizás entusiasmado por aceites malolientes.

Protegía el paisaje improvisado,
la lejanía,
la ausencia periódica de movimientos
y el conservadurismo
que protegía al aislado
y palidecía ante el aplauso de los perdedores.

Mi ecología abarcaba más,
expandía el rigor de noches de ausencia,
los viajes para traer ensaladas de conocimientos,

y los días,
días furiosos para retornar a papeles numerados.
Mi epistemología yacía en el incesante tiempo.
Terrible la situación,
de progenitor en la segunda instancia,
en el propio tribunal de los más sabios.

VII

Refugiado en un solsticio perdido,
de intervalar vigor
coronado de pinares olientes
en pleno reverdecer de la foresta.

Contado en cada astro y por cada estrella,
con legítimos querer acostumbrados a las galaxias,
modificando las tribulaciones de nadie,
sobre todo y más que nada,
del mismo nadie.

Tropicalizado el fanatismo personalizado
y como barbillas atentas
dirigiendo miradas inquietas a seres
que si no existen
a lo menos parecen estar parado en sus propios pies.

Animados con las verdades más profundas
de libros demasiado leídos
en ocasiones distintas
con intenciones concluyentes
para acentuar los días que no han pasado.

Tendrás que remendar a Mozart
y entretenerte con Lennon,
concluirás caminando, eructarás tus pasos,
sacudirás la arrogancia de una música que nunca tocaste.

VIII

Hitos contagiosos saludan las insinuaciones de los
mayores
para que los ojos sigan viniendo
a pesar de las intenciones de detener la conciencia
de los hechos
caracterizados por el comprado señor,
por la anciana violada,
por el púber martirizado,
por la entretenida niña,
y por identificaciones que se piden
para no esclarecer los hechos
que sólo se ven si se quiere.

Las banderas,
siempre las mismas banderas,
y yo en medio,
alejado de los pies,
alumbrado por una luna porque se hizo de noche,
sin mover banderas,
con una cruz dispuesta,
porque se reprochó la loma,
se reacusó lo bendecido,
y se consiguió perdonar las faltas,
menos
la de los impedidos,
que tuvieron barreras para no manifestarse en la
tribuna,
para no cantar un SOS estilo siete.

IX

Se fingió el amor,
se fundieron manos obligadas,

se cantó paz cuando había placeres,
los barrios se estremecieron
y se recordó la metralla de las palabras
en un rincón de la misma Diecisiete.

Ocultemos las verdaderas intenciones,
no las mismas,
el tiempo lo ha dicho,
y la lágrima no se derramó,
pero queda la molestia en los ojos que se entusiasmaron
para brillar.

Es que fue,
luego de caminar por la San Martín,
y no recuerdo la esquina,
pero allí pasaron
los empujones y el estallido,
el líquido chorreado
de ojos y nucas,
fue allí mismo
donde desde entonces se lloró la vida.

Huelo el fragor y la loma,
el tableteo de dignidad que no conoce la rodilla.

X

Allí también fue
que le mutilaron los clítoris
a las mujeres jóvenes en fila
que ya habían humedecido sus entrañas,
que esperaban el placer impedido.
Era necesario acordonarlas,
aflojar el dolor para contrarrestar las pasiones.

Se fijaron el condón
los que querían mostrar los hijos,
se lo tuvieron que poner
para retener generaciones
y convertirlas en efluentes grises.

Todo era impedir
el gozo, el "reviento",
el continuarse en el placer
de manera sincera.

Parecía mentira
la virtud encendida
de mujeres sin clítoris,
de hombres con condones fijos.

¿Me permite esta pieza?
Con tres sonos ni se siente ni se procrea.

XI

Las cenizas provocaron el recato
de las luces con el mal aliento,
aquellas de un verano
presentado de repente.

Sonó un rock inesperado
en madrugada más fresca que las anteriores,
con la misma dificultad
para entonar canciones en el propio idioma.

En la lejanía, oí las voces,
en estridencia se sumó la música,
pero desapareció el verso por un instante

para proporcionar vida temporal
como consecuencia incalculada
de instrumentos desafinados.

Acontecía el dolor
que no dolía,
sonaban los acordeones
que se habían desinflado,
y alumbraba un sol de verano
en el olvido de sus propios rayos.

Me alegré al concluir el día,
era más la cosecha que lo vendido.

XII

Ruega por nosotros,
ruega por él,
ruega por ella,
Santa María de los desaparecidos,
Amén, por él, por ella,
Amén, por nosotros...

Fue, tuvo que ser,
la tormenta de la noche de plena primavera,
cuando los tomates no maduran,
sino que caen,
fue esa tormenta,
ruega por él.

Duele la pena,
Amén.
y aprendimos todos,
ruega por nosotros,
a decir Amén, Amén,

ruega, siempre ruega,
por nosotros,
por ella,
por él.

Por aquellos que no leen los versos,
ruega por ellos, ruega por ellas, Amén.

XIII

Salió del árbol,
duro era,
motivado estaba para curar los grandes males,
el pesar se cura sólo con el zumo
de la propia raíz,
el temor se cura con el polvillo de las hojas,
y además sirve el tronco
para dormir.

Era un árbol elegido,
no sólo para curar
sino para anidar
todo tipo de aves.

Las hojas selectas fueron
destinadas para los pendejos,
en ellas se escondía una sabiduría,
más que la dirección del sudor,
más que el olor de jazmines amarillos,
sobre todo más que la aventura no emprendida.

Era el temor lo que reinaba,
eran las hojas las requeridas,
y después,
que venga la sopa de tronco
para olvidar, para dejar atrás.

XIV

¿Y qué decir?
No tengo por qué llorar.
Si digo, quizás canto.
Si escribo, también canto,
y hasta si juego, el canto es seguro.

No lloro,
no lloraré
no tendré tiempo para explicar el espanto
que me causan mis propias lágrimas.
Ahondaré solo en las causas
que no tengan profundidad
para evitar un sufrir desaliñado
que repercute en el paseo
que todos los días se da la sinrazón.

Atravieso multitudes
con la cabeza inclinada hacia el asiento de los santos.

Estrujo los ojos madreverdes,
y así puedo incorporar
la dulce aventura de los que mendigan,
nunca por dinero,
sino por la lágrima
que se resisten a llorar
para no abandonar la noche.

XV

Y antes, sólo días antes,
del último verano
con significado de palabras,
florecieron los flamboyanes

y dieron color a las tardes,
se escondieron
en los labios cerrados
que no se mueven,
que se obstruyeron.

Lo juro,
será el último verano,
y lo juro
con palabras abarrotadas,
sin verso, pero con páginas
de la propia vida.

Sigue a la primavera
y existe entre dos equinoccios
igual que existen las piernas
igual que se mueven los pies
igual que padecen las mariposas
porque sólo les vemos dos alas
por la noche,
por la fatiga.

XVI

No requiero fotos
de los que amo,
es más, no me interesa
perpetuar en papel sus figuras,
me basta la memoria fiel
y las remembranzas
de sus pálidos o quemados rostros,
de sus miradas,
de sus manos tendidas.

Con sólo mirar la luz
desfilan lo que amo
se anidan los míos
para protegerse
de fotógrafos tontos
que buscan la vida para un papel
y todos parecen alegrarse
ante la iconoclastia
de mi respeto.

En ambos ojos
quedan impregnadas las figuras
a pesar de las temporadas
a pesar de los mares,
allí ubico a los que reciben tiempo,
preocupación y aliento.

XVII

Y vuelvo
para confesar mi culpa
para pedir perdón
en un primer momento
para ahuyentar por el aire
y así se pierdan
mis pesares y mis congojas.

En un segundo momento
te toca recibir
improperios por las tuyas
porque no libarás
vinos descoloridos
ante la inoperancia de unos recuerdos.

Y al final
que se vuelva diferente
la nueva página
la del dolor que no se siente
en un futuro latente,
sólo así podremos crecer
basados en las culpas
que quedaron atrás.

Quédate después de mis culpas,
que es preciso oír las tuyas.

XVIII

¿Por qué hay tantos rostros iguales,
dispersos,
que expresan,
que interrogan,
que se repiten,
que gesticulan con los ojos,
de igual manera,
que alegran el instante
y se quedan de nuevo en la memoria?

El verde no se refleja en esos rostros,
es sólo un amarillo pasajero
de maquillajes que no encubren,
de expresiones en las mejillas no recubiertas
y narices aburridas.

Las uñas son las mismas,
y el ánimo de cabellos ondulantes,
o la ausencia de los mismos,
o lo encrespado,

o la melena alisada,
o el temor a quitarse el pañuelo.
Y si me miro en el espejo,
recojo el mismo rostro,
sin verde, aburrido, con alegría al instante, igual,
disperso.

XIX

Me protegería en tus pechos
ante la imposibilidad de unos sueños
para consumir las caricias
a mi rostro
que tú admiraste
que se quedó pálido
ante tus formas.

Serían tus pechos
los que entonarían los cánticos
y que haciendo las cosquillas
a la propia afirmación
lograrían extasiar
los sonidos
del hoy y del día
en que no olvidaste mirar mis manos.

XX

Y me marchó al trabajo,
a la misión que asumo,
a la entrega de un día,
por la causa,
¿y por qué causa?

en fin,
la de los seres
de ahora y de mañana
los de la sangre,
y los que no la tienen,
los que no entienden la misión,
y los que matan,
y los que roban,
y los audibles
y los visibles,
por todos ellos,
por la vida,
por los sueños,
y el aire y los ríos
y la abundancia
en la armonía,
que no tengan los que matan
que tengan los que dan vida.

XXI

Retaguardias con retaguardias
afilaron el brillo de la noche
en escondido encuentro
de la alabanza prohibida
para prohiar deseos
innobles
pero abundantes
en lo clandestino del complot
que nadie sabía,
y sí compartían.
Abandonada la retaguardia
en la admiración del abrazo

en la nada del momento
en el despertar de la vida.

Y aconteció el ritmo
para la melodía inesperada
en la guerra injusta
en lo abominable del mismo día
que amaneció más temprano
cuando desapareció un frente
y palideció la sonrisa
que había antecedido al choque
de la eterna burla.

XXII

El silencio,
se produjo el silencio
en medio del murmullo,
el silencio de las palomas
que callaban
para conocer más.
Quedó trunco el poema.

XXIII

Los mejores versos
son los que se olvidan
o los que se anotan
en servilletas estrujadas
en los que la humedad
esconde las mejores líneas.

Mis mejores versos no los escribo,
sólo son papel

los que el recuerdo me deja
y los que se resisten
a ser colocados en hielo fundido.

Oh..., mis versos
se inician en meses impares.

Primer Premio Poesía 1995

Hermano múltiple
Octavio Amiama Castro

*"Yo soy el pueblo, la chusma,
la turba, la masa"*
(Carl Sandburg)

Yo soy la Multitud, la masa, el desenfreno,
soy el barro de Adán multiplicado
que dio perfil a la primera horda
que avanzó con la luna.

Soy el mar encrespado
por el fragor de la arenga,
Caín de los Abeles,
he bendecido el puñal asesino
y danzado al ludibrio
del desplome de un mundo.

Soy los pies, la base y la esperanza;
vano enjambre de ignorada historia.
Aplaudí a Pilatos y a Cristo,
al Zar y a Lenin
¿A quién aplaudiré ahora?
multitud cansada, hermano múltiple
Cuán próximo el día de los presagios!
Yo soy la multitud, el grito, la locura
soy el beso al pie de los verdugos.

Tormento fui del rey
de cabellera tejida
con sudor y espinas
y escupí jubilosa
sobre su rojo costado.

Pedestal del rey
de cabellera tejida
con oro y lises fui
y recibí jubilosa
su cabeza roja.

¿Cuándo veré la luz?
¿Cuándo amaré a quien me ame?
¿Y odiaré a quien me odie?
Nada es nuevo ni será
por los siglos que seguiré oscura.

Segundo Premio Poesía 1996

“Serpiente de la noche”

Luis José Bourget García

Elzevir

Desde las oscuras senzalas
en montes agrestes inscritas
resuenan los cantos y gritan:
¡Al unísono hemos pagado
tributos y prebendas
almojarifazgos y feudos
contra quienes en vecinas calendas
soltaron de sus jaurías las traillas
de infestas bestias bravías
que desahuciaran zumaques,
rabotearan ingenios
tras nuestras impávidas huellas!

La noche volvióse refugio
cual jábega de infinitos
encuadros luminosos.
A las penas siguió el llanto
melindroso de los astros
¡Cascada de hiel que cubre
el vientre de la tierra!
musgo que reverdece
las ocre sandalias.

Una sola voz contempla
los ecos derrotados
de caballerías inmensas
al sucumbir sobre afilados
y entornados palos.
¿Cabría esperar la muerte
en estos bosques desolados?
¿No es mejor someterse
a los señores y amos?

Que mil libérrimas almas
escuchen nuestro canto:
no hay vuelta atrás del destierro
cual previeran los trisagios
cuyos himnos rememoran
laureles y victorias
de encarnados seres alados.

Mejor ponderamos el fuego
sobre nuestras desnudas manos
retemplaríamos las penumbras
de territorios extraños
hasta hacer penetrar la lumbre
fulgurante del cáñamo
de la vid, de la estirpe
de nuestros sueños vanos.

Mejor veneramos el suelo
que soporta nuestro engaño
aprisionaremos los frutos
de emancipados ramos.
Marcaríamos la senda
hacia los costeros llanos
hasta abreviar las sales
de sus efluvios sagrados.

No hay vuelta atrás
ni dispensa mordisqueamos
en este atolón de discordia
un solo madero labramos
de rústicas filigranas
y esqueleto encorvado.
Tras la tormenta izaremos
amplias telas y estandartes
sobre los enmohecidos mástiles
bodegas llenas de granos.

Rezaremos al viento
deidad del in-humano,
perforaremos atresias
en farallones y costas,
y levaremos el tiempo
en su costra de sándalo.

Sobre el yaciente océanos
transcribiremos un plano
de borlas purpúreas y rescindibles tramos,
¿Quedará el soberbio impasible
ante semejante reclamo?

No hay vuelta atrás
nuestros ojos vislumbran
horizontes extraños
galerías mazurcas,
en ramilletes, geranios.

La mujer, dormida huye
de su infame pasado
¿No era acaso utilizada en placeres mundanos?

¿No retenía el señor
sus retoños ansiados?
Juramentos que vuelan

sobre suelo sagrado
penumbras y miedos se yerguen
unidos en el mismo caldo.
¡Despierta mujer, se hunde
el oscuro pasado!
¿No ves que un cirio enorme
ha sido colocado?
Ilumina tus sueños
queda el temor abrazado.
Sacristán de buenas lides
es el vetusto faro
cual profeta que espera
sobre el peñasco elevado
que su nave desemple
al través del estrecho nevado.

¿Es que esta noche es eterna
que nunca discurre o pasa?
impacientes esperamos del día
recibir su mirada.

Desolación

¡Ay! esos oscuros
instantes pasados,
como los ojos, que trémulos avizoran
la ventisca inclemente y fecunda
la llama inagotable y perenne
soplar en el vacío
cual cola de cometa.

¿No habíamos tomado
el discreto camino
que surge de los sueños
para encontrar su destino?

¿No pensábamos ver
un eterno paraíso
en el infinito andar
de asonantes pasos?
Telaraña infausta es,
cual espiga madura
que atraviesa las costas
ansiadas del alma.

Lamentos

La torre de la mastaba
¿no es una cúspide floreada?
¿no reverdecen sus colgantes jardines
al llegar la mañana?

Pero la noche ¡Ay!
la mortecina noche
sólo ampara el silencio
profundo del desaliento
trepando peñascos enormes
la luna sale a su encuentro.

¡Vamos a dejar al sol
en su oscuro cenit!
Penetremos en la marisma
relumbrante de la noche
¿Cabe esperar orden alguno
del desconcierto febril?
¿Puede el cosmos soportar
la vergüenza de su propio peso?

Serpiente de la noche

Rodar es palabra
mágica en el universo
Casiopea, Cepheus, Auriga...
van rodando una tras otra
a través del viento etéreo

¿Se ha inclinado la noche?
he visto pasar un sueño
rozando su estela multicolor
la espada de los cielos

Rodar es palabra
aciaga en el verso
Taurus, ¡el gran Orión!
se acerca, infinito
toma venganza su sombrilla floreada
tras la tempestad estelar

Rodar es una trágica mirada
escondida tras el tiempo
¿Va o vamos? escapa la existencia
entre los dedos de las manos

Rebelión

Esas manillas derrochadoras
que han atrapado fuertes brazos
¿No son las mismas que avizoran
suertes funestas bajo los mantos?

Juegos en la calles, zumban las piedras
se comban los eternos
alambres electrificados
de lides inconclusas y rápidos pasos

¡Oh! Verdad que has visto
llegar arcángeles alados
sueños de victoria
tras los párpados humanos

¡Que los arcos triunfales acompañen
ilusiones y tabladros
nobles esfuerzos en vano!

¿Acaso no sucumbiremos todos
más tarde o más temprano?
¿Acaso perdona el viento
las semillas descuidadas,
los sueltos granos?

Castigo

Tengo que encontrar algo tuyo en mí
para poder sobrellevar la angustia
de ver encerrado en mi ser
un ángel, una promesa

Debo saber que he perdido
en ilusiones pasajeras
cuyo roce aún percibo
la juventud y la inocencia

O entregar en suspiros
levemente dilatados
la verdad que ha henchido
en los cuerpos, pabellones humanos

Gestos anacrónicos
rodean espacios desiertos

la pasión cede a la burla
sobre membrudos tiestos

¿Has visto despertar las sombras
de infinitos, oscuros letargos?
Envilece la conciencia
sus temores disipados

Algo de tí queda, ausente
¿o es tu voz, que resuena?
Ausulto, temeroso, el vientre
entrañas en mortecino sopor inmersas

Perdón

Contigo me he comprometido
Nostalgia ¿traes algo nuevo?
¿No ves que me has cruzado
con doble filo, los recuerdos?

Si dijera que he alcanzado
la absoluta manumisión
de atrapados y ocultos sentimientos

Si encallara, nave cruel
embadurnada, desguazada
exhibiendo el esqueleto
de grandes y curvos maderos

¿Acompañarías el festín
de mis lastimosos huesos
con la verdad indeleble
desdibujada en los cimientos?

¿Traerías, avergonzada
el esperado alimento
el blanco maná trasegado
a los alegres Benjamines?

Ha quedado tu huella
pesada y firme, indeleble
imperecederamente plasmada
en la arena del desierto

Segundo Premio Poesía 1995

“La muerte es el invierno”

Luis José Bourget García

Fuimos a verle al fin, descansar.
Llueve, bajo los árboles el agua se filtra
indolora, fría
¿quiénes somos nosotros para tentarle?
¿podría encontrarse en el fuego un remanso,
un lugar tranquilo y apacible?
No conocemos la verdad que envuelve sus manos
tan sólo los trazos indelebles de sus palmas.

El camino, con la lluvia ha quedado cubierto
una arcilla amarillenta embetuna paredes y
puertas
no hay calzadas, sólo paredes y una vía
temor recóndito al fantasma de tu muerte
ventanas cerradas al rumor de los pasos.
Te han velado mujeres de negro
por horas incesantes eras tú el altar
rodeándote, protegiendo tus huesos.

¿Por qué elegiste, padre
hora tan funesta, días llenos de sombras?
¿No es más fácil el camino, siendo limpio y claro
y no así, tan mohíno?
Sean acaso seguros
esos estandartes ligeros

fraguados en los maderos
de los bosques vecinos.
Recogen el agua, la quitan
vierten cal en las esquinas
espantan los pájaros, cavan
grandes huecos en la tierra.
Bajan de las lomas escrespadas
cirios en las manos, encendidos
alcázares de nubes urden batallas
siniestros retumbos del destino.

Callan los gorrones, cubiertos
por la triste marcha de la niebla.
¿Es aquí, que hemos llegado
donde siembran en tierra sagrada
las almas que divagan en pena?

Tercer Premio Poesía 1996

Tres Poemas
Octavio Amiama Castro

Patria

Patria,
Patria-rosa,
Patria-espina a veces
Patria viajera que llevo a todas partes
Patria pequeña, manuable, prodigiosa.
En su recuerdo se abona mi canto,
canto de caña, de tambores y sangre,
canto que no cae en la zafra del tiempo
canto hacia arriba en el humo del recuerdo.

Patria,
Patria-grata
Patria-amarga a veces
desde la infancia donde se entronca mi canto
canto de Navidades, de tiernos brazos
que nos iniciaron en la seda del tacto
que restañaron las esclusas del llanto.

Patria,
Patria-espíritu,
Patria-animal a veces
En tus días se definió mi instinto,
supe el amor capaz de la abstracción más pura,
supe sentirme señor sobre la yegua dócil
supe sufrir la copa que esquivara mis labios.

Patria,
Patria-yunque,
Patria-sepulcro a veces,
Vi nacer la amistad y morir el amigo
vi la libertad ya muerta y vi morir por ella,
vi la historia anudada sin la espada que rompe.

Patria,
Patria-canto,
Patria-sepulcro a veces,
Vi nacer la amistad y morir el amigo
vi la libertad ya muerta y vi morir por ella,
vi la historia anudada sin la espada que rompe.

Patria,
Patria-canto,
Patria-gemido a veces,
Patria toda que lloras en mis brazos,
Patria hecha del primer amor un poco,
del más amado juguete,
de la última cena con el pariente muerto,
de las calles sabidas
y el polvo de la escuela.

Patria,
Patria-mía
Patria-asta
dolorosa del pendido.

Patria-cuna,
Patria-Cárcel a veces,
alegría de los días, terror de los días
placer y dolor de sus noches rosas.

Patria también cuando rabia el viento
Patria rutilante, mi luna-eucaristía,

Patria-frutal, latitud de oro.
Patria, mi patria,
terrible y amada, doliente patria mía
Patria ajena a veces
Patria a veces bandera.

Afiliación del Ser

Al amigo Miguel Paz Bonnells

Afiliate al amor y sus encantos,
transplante del jardín crecido en nuestra sangre,
inundación de miel de un río sin cauces
en la escondida esclusa de las almas.

Afiliate al llorar, hermano mío,
cuando veas golpear a tus hermanos y haz de cada lágrima
un puñal
par retar a la maldad humana.

Afiliate a la vida,
compañero en la ordalia
de ser el lumen o la nada,
que el día te llene con su invasión sagrada
que el sol inunde tus epitelios interiores.

Afiliate a la muerte, camarada
espérala hoy, en la noche o mañana, que tus huesos estén
prestos
en su viviente vocación de rosa o llamarada.
Que el músculo del mar en sus vaivenes
tenga de ti la textura de su estridencia loca.

Afiliate al total, hermano eterno
a la redoma absoluta de la nada.

La galaxia que ronda los balcones del éter,
la luz de los astros que desde el tiempo deslumbra
no son nada sin que estemos nosotros.

El furor, la hermosura, Díos, el mundo todo
incolore fenómeno invisible
sin la conciencia del ojo y del espanto.

Timón adentro

A Erwin Walter Palm y su esposa Hilde Domin

Est verano mustio en que la lluvia insistente
pone en contacto mi piel con el sudor del infinito
pienso hacia atrás el tiempo que cabalgué en mis sueños.

Las esquinas dormidas de mi ciudad de piedra
florecen a mis ojos y se pueblan de pronto
de comendadores de hierro y Amazonas cacicas
con irisados pajúiles injertados en sus testas.

La cruz colega de la espalda y la lanza
que implantara una fe absolutista en el mundo
erguía solemne cual horca bicéfala
y piratas sangrientos, hediondos a ron y salado tasajo
tejían la leyenda en enmascaradas caletas.

El negrero que asola las costas inocentes
buscando un motor negro que impulsara el progreso;
las dueñas de airado polizón con la sospecha eterna;
las infantas pálidas que solo amaban a sus maridos por el
tacto;
los aromáticos trapiches en la molienda del capitalismo niño
forman una tropa que me divierte y transporta.

Viejo es el dolor, ¿oh mi lector curioso?
Se han perdido sus huellas. ¿Estarán quizás
en las piedras simétricas de la primer calle,
en la mirada rojiza de la cocinera negra,
en el ombligo deforme del niño proletario?

El crimen erigió las grandes catedrales
sudor y sangre hay en el estuco de las graves audiencias...
¿Quién arrojó al primer guante de esta vieja querella?

¿Quién la primera piedra
El que sepa que hable o calle para siempre.

Tercer Premio Poesía 1995

“Procedencia”

Henry Almonte Diloné

Vengo
desde el hueco
infinito
del silencio,
de la plácida
tibieza
de la nada,
esencia misteriosa
de tiempo,
ilusión material
de pensamiento.
Vengo
de las noches
sin estrellas
del pasado,
con un ramo
de palabras maduras
y un niño muriéndose
en mis manos.
Vengo
de la tierra
y la simiente,
existiendo
en otras formas
desde siempre.

Vengo
Vengo
de un planeta
sin sol
y sin olvido,
náufrago
de la lluvia
y el rocío,
viviendo de nuevo
diariamente
sobre la muerte
de lo ya vivido.

Mención de Honor Poesía 1997

"Mar y tierra"

Henry Almonte Diloné

En el principio era el caos
y luego de jornadas milenarias de trabajo
se definieron los grandes espacios:
la inmensidad del agua fue llamada Mar
y el espacio firme fue llamado Tierra.

Mar y Tierra,
Tierra y Mar
simbiosis perfecta de la vida
con el Hombre colocado como centro;
asombros de montañas verticales,
abismos cargados de misterios,
auroras pletóricas de luz,
corrientes fluviales emergentes,
cortinas de lluvias expandidas,
aroma auténtico de flores
y en todos los ámbitos del mundo,
una explosión infinita de colores.

El hombre,
inició el proceso
desde entonces
y en una degradación
paulatina,
creciente,
consciente

e inconsciente,
pero siempre sostenida...
fue secando,
poco a poco,
las fuentes de la vida.

El proceso
felizmente
es reversible:
aprender como niños
a amar los colores,
a reforestar con sonrisas
los dolores,
a escuchar las hojas de la primavera,
el susurro de alas
batiendo los vientos,
el grito del pájaro nocturno,
o los argumentos de la rana
alrededor de un lago en media noche...

Aprender a discernir
un mundo en fiesta,
en la sinfonía matinal
de la floresta,
a proteger,
de manera innegociable
y decidida,
el color siempre verde de la vida.

Si se siembra una nota verde
en cada espacio perdido,
si se llenan con sonrisas
los espacios hoy vacíos,
Mar y Tierra serán trono
de un hombre por siempre Niño,
el río será más ancho,

la lluvia más permanente
y el Mundo
un Mundo que lucha
por la Vida y el Ambiente.

VEREDICTO
DEL CONCURSO DE ARTE Y LITERATURA BAÑCENTRAL
1999

ARTE
CATEGORIA ESCULTURA

Primer Premio

Obra: La Juana
Seudónimo: Eddy
Autor: Federico Antonio Pérez M.

Segundo Premio

Obra: Mi luz que no llegó
Seudónimo: El Nítido
Autor: Leoncio Nicolás Rijo Meléndez

Tercer Premio

Obra: Bouquet de girasoles para las herinas de Ojo de Agua
Seudónimo: Gaviota
Autor: Domingo de la Cruz

Mención de Honor

Obra: Arcoiris de formas
Seudónimo: Gaviota
Autor: Domingo de la Cruz

CATEGORIA PINTURA

Primer Premio

Obra: La barca abandonada
Seudónimo: Emil
Autor: Geraldo Amable Pimentel Ramírez

Primer Premio

Obra: Lo Nuestro
Seudónimo: Dominicana
Autor: Rosa María Ureña Cordero

Segundo Premio

Obra: Autorretrato II
Seudónimo: Aníbal
Autor: Robinson Antonio Peña Pérez

Tercer Premio

Obra: Naturaleza desnuda
Seudónimo: Haronid
Autor: Dinorah Báez de Pérez

Tercer Premio

Obra: Bodegón de frutas
Seudónimo: Luz
Autor: Yolanda Esteban de López

Menciones de Honor

Obra: Cayenas
Seudónimo: Yacel
Autor: Celina Fondeur Cernuda

**LITERATURA
CATEGORIA CUENTO**

Primer Premio

Obra: Diagnóstico
Seudónimo: Pegaso
Autor: Henry Almonte Diloné

Segundo Premio

Obra: Huída
Seudónimo: Mira
Autor: Milagros Ramírez

Tercer Premio

Obra: Intimidades

Seudónimo: Diamante

Autor: Mirta Disla

CATEGORIA POESIA

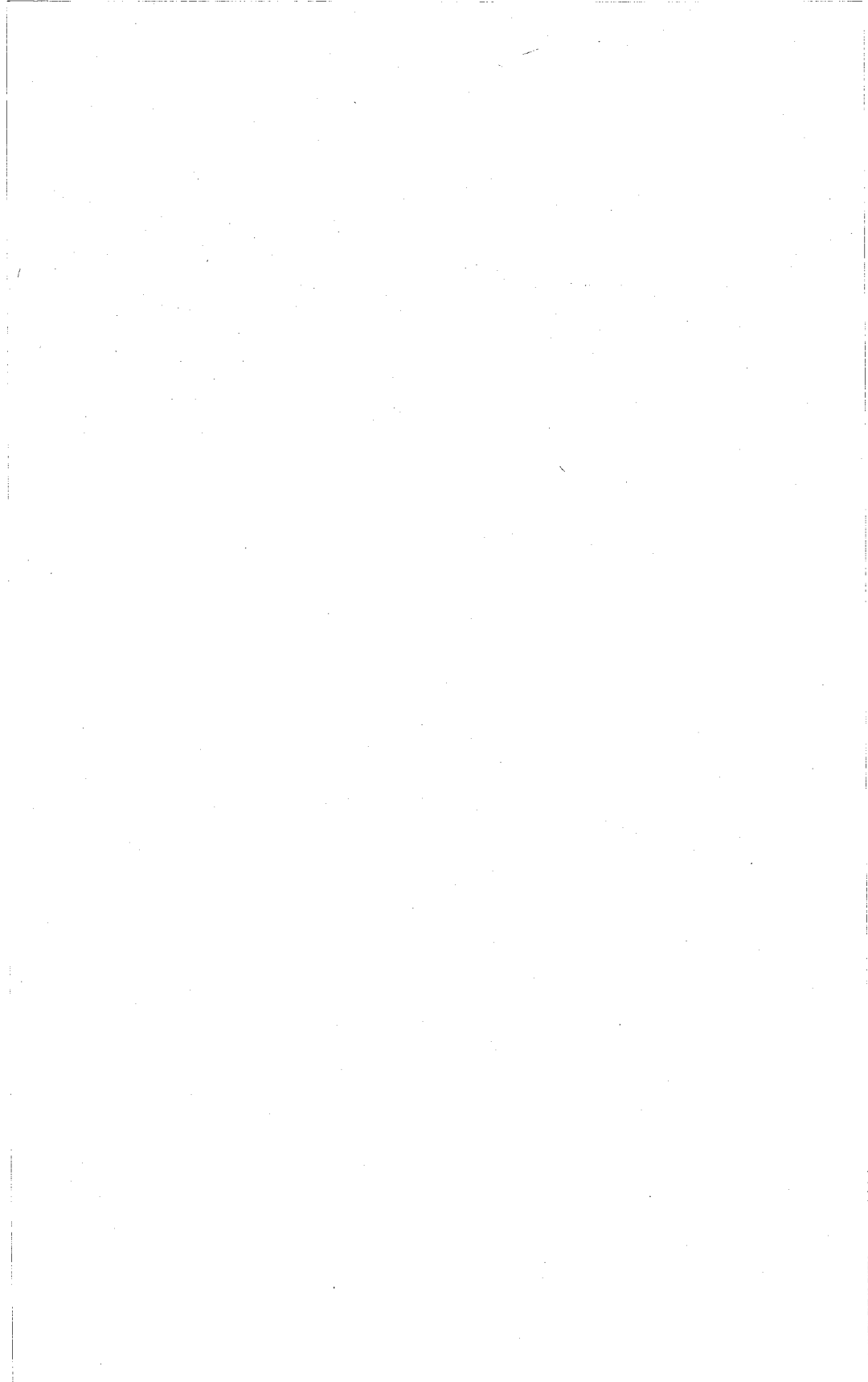
Segundo Premio

Obra: Milenium

Seudónimo: Pegaso

Autor: Henry Almonte Diloné

APÉNDICE



Notas biográficas de los autores¹

Henry Almonte Diloné nació en Santiago de los Caballeros en 1958. Es Ingeniero Civil, Economista y Comunicador Social. Cultivador ferviente del soneto y del cuento, ha publicado "De lo humano a lo divino", libro de sonetos, y cuentos dispersos en diferentes periódicos y revistas de circulación nacional. Ingresó al Banco Central en 1989 como Subdirector de Ingeniería y Planificación de INFRATUR; actualmente se desempeña como Encargado de Promoción y Asuntos Internacionales del Departamento de Desarrollo y Financiamiento de Proyectos (DEFINPRO).

Octavio Amiama Castro nació en Santo Domingo en 1936, en el seno de una familia de intelectuales y educadores. Aunque tempranamente realizara estudios de derecho y otras disciplinas siempre estuvo inclinado a quehaceres culturales. Sus viajes por el mundo ensancharon sus vivencias. Anudó relaciones con poetas como Pablo Neruda, Juana de Ibarbourou, Alfredo Barrera Valverde y otros. Aunque su obra no es muy conocida, sus poemas han visto la luz esporádicamente en medio del país. Su estilo es depurado y ecléctico. Desdeña la métrica, porque supone aherroja la inspiración. Favorece la poesía que pueda ser traducida con fidelidad.

Dinorah Báez de Pérez nació en Santo Domingo el 31 de diciembre de 1942. Desde temprana edad se sintió atraída por las artes, la cultura y lo que contribuye a crear belleza; sin embargo, no fue hasta su retiro de su ejercicio profesional en el Banco Central, cuando tuvo la oportunidad de incursionar en la plástica. Participó, en el año 1997, en sendos cursos de pinturas al óleo, impartidos por la profesora Miriam Miniño, auspiciados por el Fondo de Jubilaciones y Pensiones para su personal en retiro. Además ha realizado cursos con los profesores Miguel Valenzuela, Alberto Bass, y, en la actualidad, con Kathya Samillán de Ramírez.

Es egresada de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD),

¹ Estas notas biográficas fueron confeccionadas por los propios autores.

con el título de Ciencias Comerciales, habiéndose especializado en las áreas de Organización y Métodos, Presupuesto por Programas, Recursos Humanos y Jubilaciones y Pensiones.

Laboró en el Banco Central por 30 años, desempeñándose en diversos cargos técnicos y ejecutivos, siendo el último, Directora de Prestaciones y Beneficios, y luego como Asesor Externo. En la actualidad, además de la plástica se dedica a actividades benéficas en instituciones sin fines de lucro.

Luis José Bourget García nació en Santo Domingo en 1966. Es técnico en administración de empresas y estudiante de economía en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo. Labora en el Departamento de Presupuesto del Banco Central de la República Dominicana y es Vicepresidente de la Fundación de Ayuda Comunitaria, Inc. Aficionado a la lectura, la escritura y la Internet. Octuvo el Tercer Premio en el concurso de ensayos de la revista Amigo del Hogar (1984). Ha obtenido varias menciones de honor en el Concurso de Cuentos de Casa de Teatro (1994, 1995 y 1996) y recibió una certificación de finalista en el Concurso de Cuentos Juan Rulfo, en Francia (1994).

Domingo De la Cruz nació en Santo Domingo en 1968. Bachiller en Ciencias Físicas y Matemáticas, se graduó de Mecánico en Refrigeración Industrial y de Soldador en el Instituto de Formación Técnico Profesional. Desde 1992 trabaja en el Instituto Dominicano de Tecnología Industrial, como Auxiliar de Mantenimiento. Escribió sus primeros versos cuando cursaba estudios en la Escuela "La Trinitaria". En 1998 publicó en diarios de circulación nacional y realizó presentaciones artísticas en televisión, clubes y pueblos del interior.

Mirtha Celeste Disla Díaz nació en Santo Domingo. Se graduó de Licenciada en Contabilidad en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Actualmente labora en el Banco Central de la República Dominicana, en el área de Cartera FIDE, del DEFINPRO.

Ha sido honrada en cuatro oportunidades por premios otorgados por el Departamento Cultural del Banco Central de la República Dominicana.

En el año 1995 con "Sólo un Cuento", se involucra con su personaje en su medio ambiente y los problemas en que su responsabilidad lo coloca.

En el 1997, con "Holocausto", acompañó a Goyito perseguidor

audaz de los ladrones que perturban su paz.

Para el 1998, con "Ambigüedad", se sienta al lado de Arévala, en la oficina del abogado, cuando toma la mayor decisión de su vida.

En el 1999, en "Intimidades", fue capturada por Ramoncito en su afán por borrarle del mundo.

En fin, siempre ha sido más que una observadora pasiva, cada padecimiento, alegría o tristeza de sus personajes, es su padecimiento, su alegría o tristeza, porque el nacimiento de cada cuento es un alumbramiento, y verlo crecer la convierte no en su creadora, sino en partícipe de sus vidas.

Miguel José Escala Figueredo nació en Manzanillo, Cuba, el 27 de febrero de 1949. El 1ro. de febrero de 1963 llegó a República Dominicana, país cuya ciudadanía ostenta. Se graduó de licenciado en Psicología en la Universidad Autónoma de Santo Domingo en 1974, y tiene postgrado de Psicología educativa del Instituto Tecnológico de Santo Domingo (1980). En 1985 obtuvo su Maestría en educación Superior (administración de Propiedades), y en 1988 se graduó de doctor en Educación en la Universidad Estatal de Pensylvania. Su primera participación en algún concurso literario la realizó mientras estudiaba en la UASD y no recibió ni repuesta por su participación. Retomó el quehacer literario después de los cuarenta, escribiendo bajo el seudónimo de José E. Espinosa. Tiene cuatro poemarios inéditos. Se decidió participar en el concurso del Banco Central a instancias de algunos de sus lectores, en especial de su esposa.

Yolanda Esteban de López nació en San Francisco de Macorís. Su inclinación por las artes comenzó a temprana edad. Se inició en la pintura con el profesor Julio Susana, en la escuela de Bellas Artes de dicha ciudad, luego continuó sus estudios de artes plásticas en la Escuela Nacional de Bellas Artes en Santo Domingo. Realizó sus estudios universitarios en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, de la que es egresada. Deja la pintura y se dedica a su carrera profesional de Bioanalista, llegando a desempeñar varias posiciones en instituciones del área de la salud tanto nacionales (UNPHU, SESPAS) como en el exterior (San Jorge Hospital, San Juan, Puerto Rico). En la actualidad,

participa en cursos de pintura al óleo, dirigidos por la profesora Miriam Miniño; y desempeña el puesto de Asistente Técnico del Fondo de Jubilaciones y Pensiones del Banco Central de la República Dominicana.

Celina Fondeur Cernuda es Licenciada en Derecho. Se inició en el servicio público en la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores, como Auxiliar de Asuntos Generales, al tiempo que cursaba estudios de Secretariado Ejecutivo en el Instituto Gregg. Conocedora de aspectos administrativos, normativos y de procedimientos, se involucró en la parcela protocolar y luego al servicio exterior, donde le esperaban nuevas experiencias. Al regresar a Santo Domingo fue Subdirectora de la Dirección General de Pasaportes. Se integró al Banco Central en 1985, ocupando diferentes cargos, hasta el de Directora del Departamento Cultura, puesto que ocupaba cuando fue jubilada en 1995.

Robinson Antonio Peña Pérez nació en Duvergé, Pedernales, en 1967. Desde muy pequeño se sintió atraído por las artes plásticas, por lo que realizó estudios de dibujo por correspondencia en Modern Schools, obteniendo el título de Dibujante. Es locutor desde 1984. Ha realizado estudios de pintura con Alberto Bass, en un curso auspiciado por el Banco Central, y con el pintor y arquitecto Germán Ricardo. Es Ingeniero de Sistemas de Computación y desempeña el puesto de Analista programador III del Departamento de Sistemas y Tecnología del Banco Central de la República Dominicana.

Federico Antonio Pérez Molineaux (Eddy) nació en la ciudad de Santo Domingo el día 17 de enero del año 1952. Realizó sus estudios primarios y secundarios en el Liceo República del Paraguay, donde se graduó en Ciencias Matemáticas, además estudió Dibujo Arquitectónico y Construcción de Maquetas, en la Universidad APEC. También realizó estudios básicos de Pintura, Escultura, Fotografía y Serigrafía en la Universidad Autónoma de Santo Domingo.

Sus actividades laborales han estado siempre ligadas a las artes manuales y plásticas. En 1982 ingresó al Departamento Administrativo del Banco Central de la República Dominicana para desempeñar actividades relacionadas con las artes gráficas. La excelencia de sus trabajos ha sido apreciada por los directivos de los diferentes departamentos de esta institución, destacándose su colaboración activa

en el montaje de las exposiciones periódicas del Museo Numismático y Filatélico. Precisamente, en el área de la museografía, su trabajo ha trascendido a otras instituciones del género; como son el Alcázar de Colón, donde participó en la restauración de pergaminos del Período Colonial, el Museo del Ámbar y otros.

Geraldo Amable Pimentel Ramírez nació en el Cercado, San Juan de la Maguana, en 1966. Cursó sus primeros estudios en su región de origen. En 1984 se trasladó a Santo Domingo e ingresó a la Universidad APEC, donde obtuvo el título de Ingeniero en Sistemas de Información en 1989. En 1992 ingresó al Banco Central de la República Dominicana, en el área de informática del Departamento Administrativo de Recursos Especializados, hoy DEFINPRO, donde actualmente labora. En 1966 ingresó a la Escuela de Arte Germán Ricardo, donde comenzó sus primeros pasos en la pintura.

Elsa M. Ramírez González nació en Santiago de los Caballeros. Socióloga, egresada de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Ha realizado diplomado en Formulación y Evaluación de Proyectos, en la Unidad de Post Grado en la misma Universidad. Su experiencia laboral ha sido en el área de evaluación de proyectos económicos en el Departamento de Desarrollo y Financiamiento de Proyecto (antiguo FIDE), del Banco Central, desde el año 1979 hasta la fecha. El ingenio, la creatividad y la inventiva que ha tenido que desarrollar en la crianza de sus hijos la ha hecho descubrir el interés por la escritura. En principio ha escrito algunos cuentos infantiles inéditos, con el único propósito de entretener o dormir a sus inquietos niños, Gabriel y Cristina. Su interés más que nada es reconstruir parte de su pasado generacional a fin de volver al presente e intentar ofrecer una somera imagen a la generación futuro.

Leoncio Nicolás Rijo Meléndez nació en Santo Domingo, D.N., el día 23 de diciembre del año 1972. Realizó sus estudios primarios y secundarios en el Politécnico “Las Caobas”, graduándose de Bachiller en Ciencias Físicas y Matemáticas en el año 1991.

A la edad de 19 años ingresó a la Academia Militar “Batalla de las Carreras”, donde fue Cadete de 3er. Año. En el 1995 pasó a formar parte del personal del Banco Central de la República Dominicana, en el Cuerpo de la Policía Especial de Bancos del Estado (PEBE), al que pertenece hasta la fecha.

Actualmente cursa el 11mo. Semestre de Ingeniería Civil en la Universidad Dominicana O&M.

Rosa María Ureña Cordero nació en Santo Domingo en el 1964. Desde muy joven demostró interés por la pintura, destacándose siempre en la primaria y secundaria en esta actividad.

Se graduó de Bachiller en Ciencias y Letras en el Colegio María Auxiliadora (Don Bosco) donde realizó sus primeros dibujos. Ha realizado estudios de pintura con Alberto Bass, en un curso auspiciado por el Banco Central, y actualmente forma parte de la escuela de pintura del pintor y arquitecto Germán Ricardo.

Personalidad inquieta, se mueve en otros campos, entre ellos el deporte, del cual es amante desde niña, llegando a ser parte de la preselección Nacional de Tenis de Mesa y Tercera Raqueta Juvenil del Distrito Nacional, siendo profesora del mismo en 1981.

Apoya siempre las Olimpiadas Bancentralianas celebradas cada año en el Club del Banco Central, destacándose en otras disciplinas tales como tenis de campo, maratón y volleyball.

Es licenciada de Sistemas de Computación, desempeñando el cargo de Especialista de Software III del Departamento de Sistemas y Tecnología del Banco Central, de la República Dominicana.

En 1999 participa en el Concurso de Arte y Literatura Bancentral, obteniendo el Primer Premio en Categoría Pintura con su obra "Lo Nuestro"

Esta primera edición de 1,000 (un mil) ejemplares de ***Obras premiadas: Cuarto Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1999***, se terminó de imprimir en la Subdirección de Impresos y Publicaciones del Banco Central de la República Dominicana, en el mes de enero de 2001.

